

RICARDO LÓPEZ GÖTTIG

Origen, mitos e influencias del antisemitismo en el mundo



RICARDO LÓPEZ GÖTTIG

Origen, mitos e influencias del antisemitismo en el mundo



BUENOS AIRES • 2019

**Origen, mitos e influencias
del antisemitismo en el mundo**

© 2019, de esta coedición
Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL)

Autor:

Ricardo López Göttig

Diseño interior y portada:

Verónica Alonso S.

Foto portada:

Verónica E. Repond

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ISBN: 978-987-4492-04-3

www.cadal.org

Prohibida su reproducción, total o parcial, sin la autorización expresa de los editores

Julio, 2019



López Göttig, Ricardo

Origen, mitos e influencias del antisemitismo en el mundo / Ricardo López Göttig. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fundación Cadal, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4492-04-3

1. Antisemitismo. 2. Judaísmo. 3. Holocausto Judío. I. Título.
CDD 940.5318

Índice

PRESENTACIÓN	7
I. Buscando un hogar seguro: orígenes y evolución del sionismo	9
II. ¿Cómo surgieron las teorías de la conspiración judía mundial?.....	23
III. El nacionalsocialismo y su ideología genocida.....	37
IV. El antisemitismo soviético.....	57
V. La negación de la Shoá	69
VI. Autores antijudíos argentinos	81
VII. La creación del Estado de Israel	93
<i>Acerca del autor</i>	109

Introducción

En su labor de promoción de los valores democráticos, el Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL) implementó entre octubre del 2013 y diciembre de 2014 el proyecto «Lucha contra el antisemitismo y fomento de la tolerancia religiosa», gracias al apoyo de la Fundación Panamericana para el Desarrollo (PADE, por sus siglas en inglés). El proyecto incluyó la realización de actividades educativas, la organización de eventos, la elaboración de publicaciones y la implementación de un monitoreo mensual sobre comentarios antisemitas en sitios web de medios de comunicación de la Argentina.

En cuanto a las actividades educativas, el historiador Ricardo López Göttig, entonces consejero académico de CADAL, brindó charlas introductorias sobre «Origen, mitos e influencias del antisemitismo en el mundo» en las universidades de Belgrano (UB), Salvador (USAL), Católica Argentina (UCA) y Palermo (UP), y siete clases del seminario «Historia del antisemitismo» en la Universidad del CEMA (UCEMA). La octava clase que completó el seminario fue una visita guiada al Museo del Holocausto de Buenos Aires.

Respecto a los eventos, el 21 de agosto de 2014 se organizó en el auditorio de la prensa argentina la conferencia «El antisemitismo en internet y la libertad de expresión», en la cual participaron como expositores Ariel Seidler, Director del Observatorio Web; Sergio Widder, entonces Director para América Latina del Centro

Simón Wiesenthal; y Sergio Danishewsky, entonces Prosecretario de Redacción del diario *Clarín*. Asimismo, el 23 de agosto de 2014 se incluyó un panel en la Conferencia Internacional en Recuerdo de las Víctimas del Totalitarismo, realizada en la Universidad del CEMA, donde se presentó el libro *El rechazo mundial a los judíos*, a cargo de su autor, el periodista e historiador Daniel Muchnik, con los comentarios de Sybil Rhodes y Guillermo Yanco.

En referencia a las publicaciones, la abogada Verónica Repond tuvo a su cargo la elaboración mensual del Monitoreo de Comentarios Antisemitas en Sitios Web de Medios de Comunicación de la República Argentina; mientras que el historiador Ricardo López Göttig redactó una serie de informes que ahora revisados y con un texto adicional se ofrecen en este libro.

Cabe destacar que la Declaración N° 183/2015, aprobada en la sesión del 11 de junio de 2015 de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, estableció lo siguiente: «Declárase de interés para la promoción y defensa de los Derechos Humanos de la Ciudad de Buenos Aires, la actividad desarrollada a través del ‘Proyecto lucha contra el antisemitismo y fomento de la tolerancia religiosa’, en el marco de la fundación CADAL, por su defensa de las libertades individuales, la no discriminación y la lucha contra la persecución u hostigamiento por razones raciales, étnicas o religiosas».

En definitiva, con este libro CADAL se propone mantener su compromiso en la lucha contra el antisemitismo y el fomento de la tolerancia entre las personas.

Gabriel C. Salvia
DIRECTOR GENERAL CADAL

I

Buscando un hogar seguro: Orígenes y evolución del sionismo

LA DIÁSPORA

Dominados y perseguidos durante la mayor parte de su historia, los judíos fueron independientes por relativamente poco tiempo en los reinos de Israel y Judá, en la estrecha franja entre las orillas del mar Mediterráneo y el río Jordán. Nunca establecieron un imperio, como sí lo hicieron otros pueblos de la antigüedad. Fueron sojuzgados por egipcios, asirios, griegos, romanos, bizantinos, árabes, cruzados cristianos y turcos. El templo de Jerusalem, centro del culto religioso, fue destruido dos veces: la primera por los asirios –que deportó a gran parte del pueblo hebreo a Babilonia–, la segunda por los romanos, en el año 70 EC, cuando comenzó la diáspora de este pueblo.

De su religión monoteísta surgió como una separación el cristianismo, en el que durante los dos primeros siglos sus miembros eran judíos que creían que Jesús era el Mesías para el pueblo de Israel; y siglos más tarde el Islam, nacido en los desiertos de Arabia en el siglo VII de la era común, que considera a Adán, Noé, Abraham, Moisés y Jesús como profetas anteriores a Muhammad o Mahoma, con quien se cierra el ciclo de acuerdo a los musulmanes. Cristianos y musulmanes, con sus diversidades, disputas teológicas y variedad de denominaciones, reúnen ambos la mitad de la población mundial. Pero a pesar de esta genealogía, pocos

han sido los momentos de tolerancia y convivencia hacia las comunidades judías.

A pesar, pues, de que no fue un pueblo de grandes guerreros conquistadores de la talla de Alejandro, Julio César, Atila o Genghis Khan, los judíos dejaron una fuerte impronta en la historia de la humanidad. Y aun cuando se les impuso una vida en los márgenes de la sociedad cristiana durante centurias, fueron objeto de persecuciones, expulsiones, conversiones forzadas y difamaciones que encendían las mentes más supersticiosas, incapaces de respetar al otro. Eran acusados de «deicidio» por la muerte de Jesús, así como también se extendía la sospecha infundada de que practicaban cultos diabólicos. Una acusación bastante extendida y que se encendía particularmente en la Pascua, era la del «asesinato ritual»: se los culpaba de sacrificar niños cristianos para hacer la matzá, el pan ázimo que se consume en Pesaj (la Pascua judía), cuando se conmemora la huida de Egipto y el inicio del largo camino hacia la Tierra Prometida. A pesar de que las más altas autoridades de la jerarquía católica negó, en reiteradas oportunidades, que existiera tal «asesinato ritual», el rumor corría peligrosamente en comunidades analfabetas, fogueados por monjes sin instrucción. Esta creencia persistió hasta comienzos del siglo XX en Europa central y oriental, llegando incluso a Medio Oriente.

La existencia de los judíos en la cristiandad europea era estrecha, ya que las sociedades estamentales no permitían la movilidad social, en donde el status se tenía por adscripción. De acuerdo al nacimiento, los aristócratas que no heredaban la tierra familiar, podían elegir entre la carrera de las armas y el sacerdocio, en tanto que el resto de la población seguía –en términos generales– el oficio de sus antecesores, aunque algunos lograban ingresar al clero y alcanzar las más altas dignidades. Los judíos vivían en

zonas específicas de las ciudades, los ghettos o juderías, y debían portar distintivos para desplazarse fuera de estas áreas. A los judíos les estaban vedadas las carreras militares, las magistraturas y funciones oficiales; también se les reservaba ocupaciones que para el mundo cristiano eran viles, como el préstamo a interés, un rol de gran utilidad no sólo para financiar a monarcas, pontífices y príncipes, sino también para el posterior desarrollo de empresas necesitadas de capitales que generaron nuevos empleos, bienes y servicios. Tampoco podían comprar tierras, que eran la principal fuente de riqueza, poder y prestigio en las economías rurales anteriores a la revolución industrial. A estas restricciones debe agregársele la amenaza latente de la expulsión, tal como ocurrió en Francia, Inglaterra, Portugal, España, Austria y algunas ciudades italianas, con lo que podían perder sus posesiones por decisiones arbitrarias a las que no podían cuestionar.

De modo que los judíos, durante varios siglos en la Europa cristiana, quedaron confinados al préstamo, el comercio por mayor, el ejercicio de la medicina y algunos oficios artesanos para servir a su propia comunidad, ya que les estaba prohibido el ingreso a los gremios.

LA EMANCIPACIÓN JURÍDICA Y LA ASIMILACIÓN

Fue a fines del siglo XVIII cuando se iniciaron los procesos de emancipación jurídica de los judíos en el Viejo Continente, tanto por la difusión de los ideales revolucionarios de Francia como por la Ilustración a la que adherían muchos monarcas, deseosos de promover el desarrollo económico y social de sus reinos para incrementar el poder político y militar. El avance de la alfabetización, la difusión del libro y la incorporación de nuevos lectores,

permitieron que las herramientas intelectuales se multiplicaran y abrieran nuevos caminos del pensamiento.

Se resquebrajaron los cimientos de la rígida sociedad estamental y ascendieron socialmente las personas con mérito, ya intelectuales, ya por sus emprendimientos comerciales e industriales, los denominados «burgueses» o «tercer Estado», actores cada vez más relevantes por su dinamismo e ideas de libertad y constitucionalismo.

Para la comunidad judía, de especial relevancia fue la *Haskalá*, el iluminismo judío, promovido por el filósofo Moses Mendelssohn, que auspiciaba la emancipación jurídica y la adopción de las costumbres, la educación y la lengua en cada país, abandonando el ghetto en el que estaban recluidos, quedando la práctica de la religión en el ámbito privado. El objetivo era que un judío en Alemania fuera un alemán judío, que en su vida cotidiana no fuera posible distinguirlo de un católico o protestante, hablando la misma lengua, usando las mismas ropas, desenvolviéndose en cualquier profesión u oficio. Esta estrategia de asimilación tuvo seguidores y detractores dentro de la comunidad judía, sobre todo en Europa oriental, ya que sus postulados chocaban con la creencia y forma de vida de los sectores más ortodoxos. Y es que el judaísmo está muy lejos de ser uniforme, siendo una nota distintiva su enorme variedad a pesar de su número relativamente escaso, comparado con el cristianismo y el Islam.

La característica general del antisemitismo hasta el siglo XIX fue el de carácter religioso. En vista de ello, hubo judíos que optaron por la conversión al cristianismo, ya sea por genuina convicción, ya como un modo de adaptación e incorporación al medio. Sin embargo, los judíos conversos eran observados con recelo y se les recordaba a modo de reproche su origen, hasta que este era

olvidado u ocultado con el paso de las generaciones. Pero será a partir del siglo XIX que surgirá un nuevo antisemitismo, de tono político, que también se nutrirá con la pseudociencia de la eugenesia hacia finales de la centuria decimonónica y en la primera mitad del XX. Si bien incorporará elementos del antisemitismo religioso, el de carácter político no buscará la conversión y el bautismo, sino la expulsión, persecución y, posteriormente, la aniquilación.

Quien acuñó el término «antisemitismo» fue Wilhelm Marr, pretendiendo darle un sentido positivo, apoyado en las teorías raciales tan en boga en su tiempo. Esta pretensión de evidencia de carácter científico será la nota característica del antijudaísmo moderno.

Los judíos estaban especialmente calificados para los desafíos de la modernidad: el énfasis en la instrucción alfabetizada, una vida disciplinada desde pequeños en el uso del tiempo, la higiene personal y la dieta estricta, les brindaron herramientas intelectuales y conductas que facilitaron su preparación para las ciencias, las humanidades y el desenvolvimiento en actividades comerciales y empresariales. Bilingües o multilingües desde temprana edad –además del conocimiento del hebreo y quizás del idish, sabían las lenguas locales–, lograron desempeñarse con éxito en las carreras universitarias cuando obtuvieron la emancipación jurídica y, por consiguiente, el derecho a ingresar a las casas de altos estudios. Fue en los países de Europa occidental y central donde los judíos tuvieron mejores oportunidades para el ascenso social y la asimilación, gracias a los principios de la libertad individual y la igualdad ante la ley. Médicos, científicos, músicos, escritores, abogados, profesores y periodistas de origen

judío se destacaron rápidamente, en una proporción que superaba con creces su peso demográfico en el total de la población.

LOS POGROMS EN EL IMPERIO DE RUSIA

Al contrario de lo que ocurría en el Oeste y Centro de Europa, en el Imperio de Rusia se mantuvieron vigentes las restricciones a la movilidad dentro del territorio, y los judíos sólo podían vivir en la llamada «zona de residencia», en la zona más occidental, que actualmente son Polonia, Lituania, Bielorrusia, Moldavia y Ucrania, desde el Báltico hasta la península de Crimea. Fue el escenario de persecuciones sangrientas, los pogroms, que despertaron las conciencias de los judíos en toda Europa.

Cuando el zar Alejandro II fue asesinado en 1881 por un revolucionario anarquista, comenzaron los pogroms en los que murió un centenar de judíos, hubo cientos de heridos, mujeres violadas, se destruyeron unas veinte mil casas y cientos de comercios fueron saqueados por turbas a las que la policía no detenía. Este magnicidio fue la ruptura del lento tránsito desde una sociedad estamental y autocrática hacia el constitucionalismo que había iniciado Alejandro II, en su afán por modernizar el imperio. Fue este zar quien en 1880 otorgó el permiso para la creación de las escuelas técnicas ORT en Rusia, para que los judíos pudieran educarse y trabajar en los nuevos oficios en una sociedad que emprendía la industrialización. Pero su sucesor, el zar Alejandro III, abandonó el camino de la liberalización política y social, y asumió decididamente una actitud reaccionaria y antisemita que luego prosiguió Nicolás II, el último monarca. Esta ausencia de respuesta ante los pogroms por parte de las autoridades, echó por tierra las esperanzas de lograr la emancipación dentro del Imperio de Rusia, e hizo que muchos judíos optaran por la emigración hacia

América y Europa central y occidental. Huyeron de la persecución entre treinta mil y cuarenta mil judíos en el año posterior a la muerte de Alejandro II. Este caudal migratorio se fue incrementando con el correr de los años para alcanzar los cien mil por año, dependiendo del grado de persecución y hostigamiento de la población rusa. Fueron asistidos por la *Alliance Israélite Universelle*. Por otro lado, al interior de la comunidad judía que permaneció dentro del imperio, se desarrollaron tendencias políticas como el proto sionismo y otras radicalizadas, como la del Bund o aquellos que optaron por involucrarse en las corrientes de la izquierda socialista-revolucionaria o marxista. Otros se adhirieron al liberal partido Constitucional Demócrata (KD), que aspiraba a una monarquía constitucional y parlamentaria. El vuelco de parte de la comunidad –especialmente los más jóvenes– hacia las formaciones radicalizadas fue un fenómeno que advirtió la *Ojrana*, policía política del zarismo, que inmediatamente identificó a los judíos con los grupos revolucionarios, colocándoles una etiqueta que los perjudicaba globalmente. Otros jóvenes, provenientes de familias con abundantes recursos económicos, emigraron hacia el Occidente para cursar los estudios universitarios, ya que regía el *numerus clausus* para los judíos en las casas de altos estudios del imperio. De acuerdo a algunos historiadores, los pogromistas habrían sido trabajadores desempleados por la recesión que estaba comenzando y que afectaba a las ciudades, especialmente en Ucrania. Estos elementos descontentos volcaron su ira hacia los judíos y los diarios de la época los disimulaban con el eufemismo de «tempestades del sur». Los crímenes se conocieron gracias al rabino Isaac Elhanan Spektor, de Kovno, que envió un informe a Nathaniel Rothschild en Londres, en donde se publicó en enero de 1882 en el prestigioso diario *The Times*. Esta noticia despertó la indignación en Gran Bretaña, en donde se realizaron

manifestaciones públicas exigiendo el fin de las persecuciones y se recaudaron importantes sumas para ayudar a los damnificados. Las autoridades rusas, ante esta ola de desprestigio en Occidente, intentaron paliar el daño pero no tomaron ninguna resolución a favor de los judíos. Hubo varias comisiones gubernamentales para estudiar el problema, y la comisión Pahlen recomendó relajar las prohibiciones a la comunidad judía. Pero estas recomendaciones fueron desoídas por Alejandro III y Nicolás II. No sólo eran perjudicados en la prohibición de salir de la «zona de residencia», sino que además dentro de ella sus derechos eran limitados, afectando incluso sus propiedades.

Esta primera ola de pogroms dio un gran impulso al movimiento sionista. Un gran debate de intelectuales judíos tuvo lugar en Rusia, en las revistas que se editaban en hebreo, por ejemplo en *Rastsfiet* («Amanecer»), en donde se puso el énfasis en la emigración y el rechazo a la asimilación. En esta línea de acción, la asociación Am Olam fue creada en Odessa en 1881 para ayudar a la partida hacia los Estados Unidos, en donde se llegaron a crear cuatro comunidades. El movimiento *Bilu*, en cambio, logró el arribo de un grupo de judíos a Jaffa en 1882. Este pogrom llevó a la transformación de muchos antiguos partidarios de la asimilación, como fue el caso de Leo Pinsker, quien impulsó la creación de un centro nacional judío fuera de Europa en su panfleto «Autoemancipación», publicado en 1882.

Otro pogrom de magnitud fue el de 1903 en Kishinev, la capital de la región de Besarabia (la actual Moldavia), cuando bandas de pogromistas atacaron a la población judía de esa ciudad. La policía no actuó y murieron 47 judíos, 424 fueron heridos, 700 casas fueron incendiadas y 600 comercios saqueados. Unos pocos pogromistas fueron detenidos y apenas recibieron sanciones,

mientras que la propaganda gubernamental culpó a la comunidad judía por los disturbios –el régimen nazi hizo lo mismo, decenios después, en la *Kristallnacht*–. Los círculos liberales criticaron la inacción gubernamental, que no impidió estos actos de barbarie. En los años siguientes, los pogroms no cesaron, sino que en muchos casos contaron con la presencia de elementos policiales. Durante los eventos revolucionarios de 1905, cuando Rusia se embarcó en la desastrosa guerra contra Japón, también se registraron pogroms. A partir de 1906, muchos pogroms fueron organizados por las Centurias Negras, que contaron con la aquiescencia de Nicolás II y que formaban parte de la zarista Unión del Pueblo Ruso.

La tercera ola de pogroms fue durante la guerra civil de 1918 a 1921, cuando los ejércitos blancos atacaron a las poblaciones judías, a las que consideraban simpatizantes del Ejército Rojo de los bolcheviques.

EL AFFAIRE DREYFUS Y LA CREACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN SIONISTA

Los pogroms provocaron la emigración de miles de judíos desde Rusia hacia otros países de Europa y al continente americano, pero muy pocos lo hicieron hacia el territorio de su antigua patria, Palestina, bajo dominio del Imperio Otomano. Si bien hubo muchas iniciativas para esta emigración, financiadas por filántropos como Montefiore y la familia Rothschild, las condiciones de vida en las comunidades agrícolas que fundaban en esas latitudes distaban de ser atractivas y seguras. Pero en países como el Imperio Alemán y la República Francesa emergía el antisemitismo racista de carácter pseudo científico, que sostenía la superioridad de los pueblos arios. El judaísmo, para esta corriente, ya no es una religión, sino una cuestión genética que no puede ser «redimida»

mediante la conversión o la aculturación. En Alemania tuvo representación parlamentaria una bancada de 16 miembros, electa con un programa claramente antisemita; en Austria, el alcalde de Viena Karl Lueger lograba triunfos electorales por su encendida prédica judeófoba, que llegó a provocar la admiración del entonces joven Adolf Hitler. En Francia, en el régimen de la III República, cobró notoriedad el autor Edouard Drumont con su libro «*La France juive*» (La Francia judía), acusando a los judíos por la decadencia del país galo. Pero será la acusación y la condena por traición al capitán Alfred Dreyfus la que persuadió a muchos del fracaso de la asimilación. Entre ellos, el periodista Theodor Herzl, corresponsal en París y que cubrió el proceso. Dreyfus, cuya familia había decidido emigrar desde Alsacia en 1872 porque rechazaba la anexión de esa región al Imperio Alemán, abrazó la carrera militar y se lo acusó de entregar documentación secreta a los germanos. La furia en las calles, las tribunas y los periódicos no se lanzó solamente sobre la persona de Dreyfus, sino que se extendió hacia todos los judíos. *Mort aux Juifs!* («¡Muerte a los judíos!») era la consigna en torno al tribunal que juzgó al capitán Dreyfus, cuya inocencia fue probada años después. Herzl fue el autor de «El Estado judío», en el que propuso la creación de un Estado propio para el pueblo judío, en consonancia con la reivindicación que tenían otros pueblos para establecer sus estados nacionales: italianos, alemanes, checos, polacos, griegos, irlandeses, búlgaros, rumanos... Cabe señalar que en los censos que se realizaron en Europa central y oriental durante el siglo XIX y primera mitad del XX, los judíos eran clasificados como una nacionalidad, no como una religión. Por impulso de Theodor Herzl, se creó la Organización Sionista, cuyo propósito era convencer a los gobiernos de la necesidad de crear un Estado para los judíos. Fue la etapa diplomática del sionismo, de conversaciones con el

entorno del Kaiser Guillermo II, el sultán otomano, el rey Víctor Manuel III de Italia, los cuerpos diplomáticos del Reino Unido y Francia. Incluso se barajó el proyecto de crear el nuevo Estado en Uganda, posibilidad que fue descartada por los sionistas.

El proyecto sionista no despertó el entusiasmo de la mayoría de los judíos: al momento de buscar un nuevo horizonte, marchaban hacia el continente americano. Otros, suponían que la marea antisemita se aplacaría con el tiempo, gracias a los avances de la ilustración y la razón. Los más religiosos se oponían fervorosamente, ya que el Reino de Israel sería restablecido por el Mesías, y no por políticos, diplomáticos y periodistas. La idea sionista, pues, nació en el contexto europeo de las corrientes de reivindicación nacional ante el crecimiento del nuevo antisemitismo. La Declaración Balfour de 1917, cuando el Foreign Office británico expresó su proyecto de crear un «hogar nacional judío» en Palestina, despertó entusiasmo en los círculos sionistas, pero rápidamente se desbarató cuando los países vencedores de la primera guerra mundial se repartieron Medio Oriente bajo la forma de «mandatos» otorgados por la Liga de las Naciones. El movimiento sionista cobró fuerza durante el período de entreguerras y, sobre todo, tras la Shoá.

Con la elección del nacionalsocialismo en Alemania en 1933, el nuevo régimen dictatorial estableció una legislación antisemita orientada hacia la expulsión de la comunidad judía, quitándole la ciudadanía, impidiéndole el ejercicio de sus profesiones, obligándola a vender sus propiedades y anulando los matrimonios mixtos. Los que pudieron, emigraron hacia los países vecinos, en donde fueron recibidos sin entusiasmo. En los Estados Unidos regía un sistema de cuotas para reducir la inmigración, ya que los países de Occidente intentaban frenar la afluencia de personas

ante los altos porcentajes de desempleo resultantes de la recesión económica. Fue por iniciativa del presidente Franklin Delano Roosevelt que se realizó la conferencia de Evian (Francia), en julio de 1938, en la que delegados de 32 países discutieron la situación de los refugiados. Sólo la República Dominicana se ofreció a recibir cien mil emigrados judíos, en tanto que el resto de las naciones participantes puso excusas para no colaborar y cerrar sus fronteras. Incluso algunas naciones europeas expresaron su deseo de buscar otro destino a su propia población judía. De este modo, los judíos alemanes no tuvieron a dónde huir: expulsados del país en donde nacieron y vivieron varias generaciones, se les cerraban las puertas en el resto del mundo. Esta situación puso en evidencia la necesidad de fundar un Estado nacional judío para que los perseguidos pudieran salvar sus vidas. Y esto recién fue comprendido después de la aniquilación sistemática que ejecutó el nazismo durante la segunda guerra mundial.

BIBLIOGRAFÍA

Ben Halpern y Jehuda Reinharz, *Zionism and the Creation of a New Society*. Oxford University Press, 1998.

Denis Charbit, *Qu'est-ce que le sionisme?* París, Albin Michel, 2007.

Zeev Sternhell y David Maisel, *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism, and the Making of the Jewish State*. Princeton University Press, 1998.

Chaim Gans, *A Just Zionism: On the Morality of the Jewish State*. Oxford University Press, 2008.

Joan B. Culla, *Breve historia del sionismo*. Madrid, Alianza, 2009.

Victor Karady, *Los judíos en la modernidad europea*. Madrid, Siglo XXI, 2000.

Lloyd Gartner, *History of the Jews in Modern Times*. New York, Oxford University Press, 2001.

Michelle U. Campos, *Ottoman Brothers: Muslims, Christians, and Jews in Early Twentieth-Century Palestine*. Stanford, Stanford University Press, 2011.

John D. Klier, «Christians and Jews and the «Dialogue of Violence» in Late Imperial Russia», en Anna Sapir Abulafia, *Religious Violence between Christians and Jews: Medieval Roots, Modern Perspectives*. New York, Palgrave, 2002.

II

¿Cómo surgieron las teorías de la conspiración judía mundial?

Una característica del antisemitismo moderno es la acusación de que está en marcha una vasta conspiración judía para dominar el planeta. Estas teorías conspirativas comenzaron a forjarse durante el siglo XIX y alcanzaron su apogeo en el período de entreguerras, preparando el escenario para la Shoá en Europa. De acuerdo a estas teorías, los socios o meros instrumentos de esta conspiración varían de acuerdo a las circunstancias locales o del momento: puede ser la masonería, el liberalismo, el socialismo, el comunismo, el feminismo o el pacifismo, o bien todos ellos juntos, como máscaras que se van cambiando.

Pero, ¿cuándo nacen estas teorías conspirativas, y por qué? Si bien los primeros autores en hacer estas afirmaciones tenían un propósito religioso, sobre todo para explicar la caída del Antiguo Régimen en Francia y la expansión del liberalismo y el constitucionalismo en el continente europeo, el barniz teológico irá quedando de lado a lo largo de la centuria, para enfocarse en cuestiones políticas y económicas. Muchos nostálgicos del antiguo orden estamental añoraban los regímenes absolutistas que se iban reformando y despreciaban la modernidad, la industrialización, el ascenso social de las clases medias y la creciente urbanización del Viejo Continente. En un tiempo de tantos cambios como fue

el siglo XIX, un modo fácil de explicarlos era con una teoría conspirativa en la que un grupo de personas, oculto a la vista, maneja todos los hilos de la economía y la política con un plan deliberado. Todo cuanto acontece pretende ser «explicado» desde esta óptica simplista, sin necesidad de tratar de comprender la complejidad de los fenómenos sociales, y las pruebas que se ofrecen de tal conspiración bastarían con ser observadas en la vida cotidiana. De este modo, una crisis financiera, los conflictos internacionales, un cambio de gobierno, la inflación o las noticias periodísticas son inmediatamente identificables como maniobras de la gran conspiración en marcha.

El texto más conocido sobre la conspiración judía son los llamados *Protocolos de los Sabios de Sión* que, como se verá más adelante, se probó su falsificación. No obstante, y a pesar de que casi la mitad de este libelo fue plagiado de una obra crítica del emperador Napoleón III decenios antes, los *Protocolos* fueron aceptados, promocionados y repetidos en la Alemania nazi y aún después de la segunda guerra mundial.

Hubo una serie de autores que escribieron durante el siglo XIX y abonaron el terreno para que la teoría de la conspiración fuese aceptada por los círculos nacionalistas antisemitas en Europa, América y Asia.

En 1869, poco tiempo antes de la caída del Segundo Imperio en Francia, el prolífico escritor sobre cuestiones de ocultismo Roger Gougenot des Mousseaux publicó *Le Juif, le Judaïsme et la Judaïsation des Peuples Chrétiens* («El judío, el judaísmo y la judaización de los pueblos cristianos»), en el que desarrolló su teoría sobre los objetivos de dominación mundial de los judíos. Sostuvo que los judíos son un pueblo extendido por todo el planeta y por eso están en condiciones de dominarlo, ya que manejan el oro

y la prensa, además de tener como instrumento a la masonería. Este objetivo, aseveraba Gougenot des Mousseaux, viene desde el principio de los tiempos, porque la verdadera creencia del judaísmo es la cábala, a la que él interpretaba como una ciencia oculta demoníaca con sacrificios humanos, especialmente de cristianos¹. En páginas febriles, el autor narra que la cábala comenzó a ser practicada por los hijos de Caín, y que ese conocimiento diabólico fue practicado por los fariseos y luego transmitido por los templarios a los masones. Pero a partir del siglo XVIII, se habrían escondido en los principios del liberalismo² y el cosmopolitismo para provocar revoluciones y derribar las monarquías absolutas³. De ese modo, socavan la civilización cristiana y preparan el triunfo del Mesías esperado por los judíos, que no es otro que el Anticristo⁴. En este libelo de carácter apocalíptico, será el precursor de algunas acusaciones que se irán repitiendo durante más de un siglo: los judíos como agentes de revoluciones y dueños del oro y la prensa⁵. También cabe subrayar el mote de «cosmopolita», porque este será el eufemismo con el que se denominará a los judíos en la Unión Soviética decenios más tarde. Lo que hizo este autor fue instalar en la modernidad decimonónica las antiguas acusaciones de que los judíos eran adoradores de Satanás, nacidas en las disputas teológicas entre cristianos y judíos en tiempos del Imperio Romano.

1 Roger Gougenot des Mousseaux, *Le Juif, le Judaïsme et la Judaïzation des Peuples Chrétiens*. París, 1869. P. 226.

2 Ibidem, p. 268.

3 Ibidem, p. XXI.

4 Ibidem, pp. 484-485.

5 Ibidem, p. 358 y ss.

Quien popularizó las ideas de Gougenot des Mousseaux fue Edouard Drumont con su libro *La France Juive* («La Francia Judía»), en 1886, en el que copió extensos párrafos de su antecesor sin citar la fuente. Drumont insistirá en que los judíos son los promotores de revoluciones, afirmando que «el único que se ha beneficiado con la Revolución [francesa de 1789] es el judío. Todo viene del judío, todo vuelve al judío»⁶. Drumont agrega el elemento racial a sus argumentos, afirmando que sólo los arios tienen el concepto del bien, la noción de la justicia y el sentimiento de la libertad, en tanto que los semitas son parodias más o menos groseras de cartón pintado⁷, y plantea la guerra entre indoeuropeos y semitas por el dominio del mundo. Sostenía que los arios son nobles, agricultores, guerreros, confiados y entusiastas, heroicos y preocupados por aspiraciones superiores. La contratará, los semitas: mercantiles, intrigantes, incapaces de crear. «Es al ario a quien debemos los descubrimientos pequeños o grandes, la imprenta, la pólvora, América, el vapor, la máquina neumática, la circulación de la sangre, las leyes de la gravedad. Todos los progresos fueron producidos por el desarrollo natural de la civilización cristiana. El semita, no hay que dejar de repetirlo, no ha hecho más que explotar el genio o el trabajo que otros han conquistado»⁸. Siguiendo a este autor, deberíamos concluir en que los chinos son arios...

Drumont se hace eco de la caricatura del judío de nariz grande y encorvado, características físicas que señalan su degradación moral. En esto se aparta de Gougenot des Mousseaux, quien sostenía que los judíos eran intelectual y físicamente superiores

6 Edouard Drumont, *La France Juive*. París, 1886. Tomo I, p. 2

7 Ibidem, p. 6.

8 Ibidem, p. 33.

a los arios, aunque no lograba comprender la razón. Edouard Drumont, pues, anticipa algunos prejuicios que tanto utilizará el nazismo, como el del judío improductivo y físicamente inepto para las labores que requieran fuerza y destreza. En su visión paranoica, los judíos manipulaban los acontecimientos políticos de Francia y estuvieron detrás, por ejemplo, de la Revolución de 1789 a través de la masonería⁹. Pero lo que Drumont no explica es que hubo masones en las diversas corrientes políticas, muchos de ellos monárquicos, y tanto el rey Luis XVI como sus hermanos –luego los monarcas Luis XVIII y Carlos X– también fueron miembros de esa orden iniciática.

LOS PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SIÓN

El texto más conocido y que más daño causó durante decenios, inspirando al antisemitismo del período de entreguerras, fue el de los llamados *Protocolos de los Sabios de Sión*, a pesar de haber sido demostrada su falsedad. Aún hoy hay quienes persisten en difundirlo a pesar de las evidencias, lo que demuestra cuán arraigado está el prejuicio de la judeofobia. El nazismo lo utilizó y difundió, así como otras obras del mismo tono como el libro *El judío internacional*, del empresario Henry Ford.

El texto está redactado como si el autor fuera uno de los miembros del grupo de «Sabios de Sión», una entidad secreta y siniestra que maquina en las sombras la conquista del mundo, a través de la masonería, la prensa, las finanzas y el dominio de los políticos de los países con democracias liberales. Finaliza con la firma de los representantes de «Sión del Grado 33», tomando el número del grado más alto de la masonería. A lo largo de 24

9 Ibidem, p. 516.

protocolos y en forma un poco entremezclada, se van exponiendo los lineamientos de la gran conspiración para tomar el poder en la Europa cristiana y, a través de ella, el resto del planeta. En rigor, es un resumen de lo que ya habían afirmado varios autores anteriores: el control del oro, la prensa periódica, los partidos políticos y los gobiernos con la finalidad de destruir el mundo cristiano e imponer, finalmente, una autocracia con un rey judío. Toma muchos elementos del discurso reaccionario del siglo XIX, que cuestionaba al liberalismo y el constitucionalismo por fomentar el disenso y el debate. Pero esa discusión no es espontánea, sino que es manipulada por los Sabios de Sión, que estimulan la discordia y la lucha entre partidos, sirviéndose de los medios de comunicación. Como los judíos controlan el sistema financiero y, en particular, el oro, tienen sometidos a los gobiernos a través de los empréstitos que contrajeron por no saber administrar. De este modo, las democracias son manejadas para que la opinión pública no comprenda cuanto acontece, aturdida por mensajes opuestos. Esto se opone a la sociedad estamental del Antiguo Régimen, en la que la aristocracia era benevolente y cuidaba la sociedad. Pero la aristocracia ya está degradada –excepto en el Imperio Ruso–, y los europeos se dividen en facciones que aparentemente están en pugna –liberales, socialistas, anarquistas, marxistas, monárquicos– pero que son marionetas digitadas en las sombras por los Sabios de Sión. El laicismo, la pornografía, la prostitución y el alcoholismo son promovidos para degradar la moral de los pueblos cristianos.

Los gobiernos de Europa no logran comprender qué está ocurriendo. Y si alguno de ellos lo entendiera e intentara oponerse a este plan, entonces las grandes capitales del continente serían

despedazadas por bombas colocadas en el alcantarillado y en la red de trenes subterráneos...

Al caos, confusión, pobreza y degradación física y moral de los cristianos, le seguirá la instauración de una nueva autocracia con un monarca judío, el retorno de la Casa de David, que eliminará el liberalismo, reprimirá toda manifestación crítica, suprimirá las otras religiones y gobernará con mano de hierro.

¿Quién escribió este texto y cómo se difundió? Las evidencias indican que el autor habría sido ruso, vinculado a la Ojrana, la policía zarista cuya función era reprimir las corrientes opositoras al régimen imperial. Mientras en Gran Bretaña y Francia gozaban de amplias libertades con regímenes parlamentarios, y en los imperios Alemán y Austro-Húngaro había asambleas legislativas con atribuciones restringidas, en Rusia seguía dominando la autocracia del Zar, sin ningún límite a su poder. Recién en 1905 el Zar concederá la creación de la Duma y aceptará el funcionamiento de los partidos políticos y de la prensa, aunque se las ingeniará para mantener el control. Ese desenvolvimiento tardío del constitucionalismo liberal, además del contraste con el portentoso desarrollo industrial de Occidente, será una de las causas de la radicalización de la intelectualidad rusa, que se volcó hacia variantes del socialismo o el anarquismo. En los comicios para la Duma, la mayoría de los judíos votaba al partido Constitucional Demócrata (KD), liberal; pero quedó el estereotipo del judío revolucionario porque en las formaciones de izquierda había figuras reconocidas de ese origen entre los mencheviques, bolcheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas. También existía el partido Bund, netamente judío, que proponía la autonomía de esa comunidad. Aquellos que se habían integrado a los partidos de la izquierda revolucionaria ya no se reconocían como judíos porque

habían cortado los lazos con su comunidad y religión. Sin embargo, la propaganda gubernamental fue hábil en presentarlos como una hidra, un monstruo con múltiples rostros pero con una sola finalidad: la destrucción del cristianismo.

Uno de los más notorios difusores de los Protocolos en Rusia fue el místico Sergei Nilus, vinculado a la corte imperial, que incluyó una de las versiones circulantes de este texto en su libro *Lo grande y lo pequeño*. Cuando la familia imperial fue fusilada por los bolcheviques en 1918, la zarina Alejandra tenía en su posesión un ejemplar de este libro y se descubrió que, además, había dibujado una svástica en el marco de una ventana. Si bien este símbolo es antiquísimo y aparece en varias culturas como representación del movimiento –según la tradición, es uno de los símbolos que el Buddha tuvo en su cuerpo al nacer–, los grupos racistas de supremacía aria ya lo estaban adoptando, mucho antes del surgimiento del nazismo, en particular la Sociedad Thule (*Thule Gesellschaft*). Ante los ojos de quienes querían ver una conspiración mundial, estos hechos parecían corroborar sus temores.

Los *Protocolos* sirvieron para fustigar a la comunidad judía en el Imperio de Rusia a comienzos del siglo XX, en el que las Centurias Negras hacían pogroms alentados por el gobierno. Pero este texto cobró fama después de la Gran Guerra, cuando se derrumbaron tres grandes imperios europeos: el Ruso, el Alemán y el Austro-Húngaro. La imposición del régimen bolchevique en un golpe de Estado en noviembre de 1917 y su triunfo después de la guerra civil en 1920, parecía confirmar a los ojos de muchos occidentales las palabras de los *Protocolos*. En el gobierno socialista había figuras prominentes de origen judío: Trotski, Kamenev y Zinoviev, entre otros. En la literatura de la época, incluso se

afirmaba que Lenin y Stalin eran judíos, lo que era falso. Pero los mencionados habían roto con el judaísmo hacía ya mucho tiempo, y luego fueron víctimas del propio sistema totalitario que ayudaron a construir.

Con la creación de la Unión Soviética y el nacimiento de la República de Weimar en Alemania, en los países de habla germana circularon los *Protocolos* entre los círculos *völkisch*, nacionalistas racistas, que atribuían su derrota en la guerra a una conspiración judía. Interpretación falaz y malintencionada, porque el régimen del Kaiser Guillermo II ayudó a Lenin y varios de sus seguidores a volver a Rusia en 1917 para desbaratar el frente oriental, e incluso ayudó a financiar a los bolcheviques por intermedio del agente Parvus. Y fue Trotski, en su función de comisario del pueblo para las Relaciones Exteriores, quien negoció el Tratado Brest-Litovsk, por el que los alemanes ocuparon lo que hoy es Ucrania, el sur de Rusia y el Cáucaso, con lo que tenían acceso a alimentos y petróleo para continuar la guerra mundial. Cuando se inició la guerra civil en el escenario del antiguo Imperio de Rusia, los países aliados como Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos –los que supuestamente estaban manejados por los judíos tras bambalinas– apoyaron a los ejércitos blancos de antiguos oficiales zaristas que combatieron al Ejército Rojo, formado y liderado por Trotski.

Los *Protocolos* comienzan a publicarse y difundirse en Europa occidental, pero en 1920 el prestigioso diario londinense *The Times* demuestra que casi la mitad del texto fue plagiado de una obra de sátira política, *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, de Maurice Joly, una crítica al gobierno imperial de Napoleón III publicada en 1864. Cuando los nazis llegan al poder en Alemania en 1933, la difusión de los *Protocolos* ganó más

fuerza. Pero en Suiza, en 1934, la comunidad judía lleva a juicio a los difusores de este libelo en la tierra helvética, celebrándose un proceso que toma relevancia continental. Quienes cuestionaron el texto abundaron en pruebas y testimonios; los que afirmaban la veracidad, apenas pudieron repetir las consignas allí contenidas. Pero para el gobierno de la Alemania nazi no era importante demostrar que fuese verdadero: bastaba la convicción profunda en que esa conspiración estaba en marcha y que debía ser detenida. En la cosmovisión apocalíptica de los nazis, se libraba una guerra entre la luz aria y la tiniebla semita, un combate entre el bien y el mal, un enfrentamiento de carácter religioso y sobrenatural que implicaba la eliminación física de los judíos y la conquista del «espacio vital». Si bien el carácter mágico del nazismo era conocido y practicado por pocos –pero decisivos– miembros del partido, era el núcleo ideológico de Adolf Hitler en el poder. No fue casual que el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores Walter Rathenau –político y empresario judío– coincidiera con el solsticio de verano en junio de 1922. Y es que en los grupos nacionalistas racistas alemanes estaban convencidos de que Rathenau era uno de los Sabios de Sión...

HENRY FORD

«Ha tomado 1900 años llevar a Europa al estado presente de sojuzgamiento –sojuzgamiento violento en algunos países, sojuzgamiento político en algunos, sojuzgamiento económico en todos– pero en América el mismo programa, con casi el mismo grado de éxito, requirió cincuenta años. Ciertas ideas equivocadas de liberalismo, ciertas ideas fofas de tolerancia, todas ellas originadas en fuentes europeas a las que contaminaron los autores de los Protocolos, fueron transportadas a América», afirmaba

Henry Ford en su libro *The International Jew* («El judío internacional»), una obra editada en cuatro volúmenes a partir de 1920, que reunía artículos publicados en el periódico *The Dearborn Independent*, de su propiedad. En este texto, Henry Ford puso su firma, pero los *ghost writers* habrían sido el alemán August Müller y el refugiado ruso Boris Brasol. Se llegaron a publicar medio millón de ejemplares, a los que debemos sumar la tirada de trescientos mil del *Dearborn Independent*. Por el gran prestigio de Ford como *self made man* exitoso, la influencia de este texto se habría sentido particularmente en las regiones rurales, más tradicionales y en las que no había población judía.

En *The International Jew* no sólo se repite la teoría contenida en los Protocolos, sino que se le intenta dar un aroma estadounidense. Sostuvo que la música popular fue degradada por las discográficas judías, imponiendo al jazz con toda su sensualidad y movimientos. También influyeron en la moda a través de la ropa sport, el cine y hasta en el béisbol. Pero más allá de estos detalles que nos resultan irrisorios, cabe remarcar el enorme impacto en Estados Unidos y más allá de sus fronteras con este libro, ya que popularizó la creencia en el afán judío por dominar el planeta a través de las finanzas, la política y los medios de comunicación.

En 1927, Henry Ford aseveró que no conocía el contenido de ese libro, ni tampoco el de los editoriales publicados en forma continuada en el periódico *The Dearborn Independent*. Pero el libro fue divulgado por algunos líderes religiosos y fue traducido al alemán, con amplia circulación durante el régimen nazi.

En la República Argentina, el periódico nacionalista *Clarín* se hacía eco de los Protocolos y el influyente sacerdote Julio Meinvielle sostiene la veracidad de su contenido en el libro *Concepción católica de la economía*, de 1934.

Ya en los años setenta, Walter Beveraggi Allende se inspirará en estas ideas conspirativas para escribir su *Plan Andinia*, que provocó llamaradas en la imaginación de muchos lectores necesitados de ficción política.

FUENTES CONSULTADAS:

Roger Gougenot des Mousseaux, *Le Juif, le Judaïsme et la Judaïsation des Peuples Chrétiens*. París, 1869. En: <https://archive.org/details/LeJuif--LeJudasmeEtLaJudasationDesPeuplesChrtiens>

Edouard Drumont, *La France Juive*. París, 1886. En: <https://archive.org/details/details/LaFranceJuive>

Los Protocolos de los Sabios de Sión (varias ediciones).

Henry Ford, *The International Jew*. 1920. En: https://archive.org/details/TheInternationalJew_655

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:

Norman Cohn, *El mito de la conspiración judía mundial*. Madrid, Alianza, 1983.

David Redles, *Hitler's Millennial Reich: Apocalyptic Belief and the Search for Salvation*. New York, New York University Press, 2005.

Richard Landes, *Heaven on Earth: The Varieties of Millennial Experience*. New York, Oxford University Press, 2011.

Binjamin Segel, *A Lie and a Libel: The History of the Protocols of the Elders of Zion*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.

Neil Baldwin, *Henry Ford and the Jews: The Mass Production of Hate*. New York, Public Affairs, 2001.

Nota: Las traducciones del francés y del inglés son responsabilidad del autor.

III

El nacionalsocialismo y su ideología genocida

El nacionalsocialismo alemán, que nació como un partido político muy pequeño y marginal en el sistema democrático tras la primera guerra mundial, careció de originalidad en sus planteos racistas y antisemitas. Se lo ubicaba dentro de la amplia corriente nacionalista *völkisch*, una mezcla de nacionalismo, pan-germanismo, racismo, antisemitismo y culto por un legendario pasado nórdico. En los inicios, reclutó a soldados desmovilizados del Ejército alemán, que mantuvieron sus lazos de solidaridad y camaradería tras largos años en el frente bélico, y que sentían un profundo rechazo por el Tratado de paz de Versalles, la república democrática y los cambios sociales y económicos de la posguerra. Muchos de estos antiguos combatientes, lejos de volver al sosiego de sus hogares, se reunieron en los *Freikorps* que ayudaron a contener el intento de revolución de los espartaquistas marxistas a fines de 1918.

Para muchos alemanes, el Tratado de Versalles fue una humillación: cercenamiento territorial, pérdida de las colonias de ultramar, el pago de indemnizaciones, la reducción de las Fuerzas Armadas, la desmilitarización de Renania y la ocupación del Sarre, la prohibición de la fusión con Austria, entre otras cláusulas, eran observadas como el resultado de una «puñalada por la

espalda», lo que llevó a la corriente *völkisch* a culpar a los judíos, que eran el 0,9% de la población total. La necesidad de buscar un culpable al cual responsabilizar por el fracaso de la política pangermanista y expansionista, llevó a esta corriente política reducida pero bulliciosa y bien organizada a impugnar en su totalidad al régimen de la «República de Weimar», nacida de los escombros de la Gran Guerra, como un producto del judaísmo, al que querían ver como el mentor y propagador del liberalismo, la democracia, el feminismo y la revolución bolchevique.

La Sociedad Thule (*Thule Gesellschaft*) creó el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, al que se sumó Adolf Hitler y en el que hizo una meteórica carrera política. Alfred Rosenberg, uno de los mentores *völkisch* y miembro destacado del partido y de la Sociedad Thule, reconoció el liderazgo de Hitler y se sometió a él. Otros, que se atrevieron a desafiarlo, fueron quedando por el camino o eliminados. Emulando al Partito Nazionale Fascista de Benito Mussolini, organizaron una milicia conocida como SA. No se trataba, pues, de un partido político que aceptara las reglas del juego democrático, el debate y la alternancia en el poder, sino que utilizaba las campañas para difundir su ideario y aspiraba a implantar un nuevo sistema, en el que cercenaría las libertades individuales, implantaría el racismo y se prepararía una maquinaria bélica.

Adolf Hitler cobró notoriedad nacional cuando fue parte del intento de golpe de Estado en Baviera en 1923, cuando junto al General Luddendorff quiso imitar la Marcha sobre Roma de Mussolini. A pesar de la hiperinflación alemana y la consiguiente destrucción de los ahorros de los ciudadanos, el NSDAP no logró concitar apoyo en esa región meridional de Alemania para la aventura contra el régimen democrático. Durante el juicio, Hitler

tuvo oportunidad –con la aquiescencia cómplice del juez– para exponer sus opiniones políticas, así como en su breve paso por la prisión escribió el libro *Mein Kampf* («Mi lucha»), una síntesis de las ideas de las corrientes *völkisch*: culpabilización de los judíos, la victimización de los arios, el planteo de la purificación racial y de la ocupación del espacio vital. Fue en 1930, cuando la crisis económica mundial azotó al continente europeo y provocó el crecimiento del desempleo en Alemania, cuando el NSDAP creció vertiginosamente como fuerza política en el Reichstag, el parlamento germano. El naufragio del sistema político alemán se produjo entre 1930 y 1933, en una sucesión de comicios ante la imposibilidad de formar gobiernos estables de coalición, circunstancia que permitió a dos partidos abiertamente enemigos de la democracia liberal crecer electoralmente, ganando escaños en el Reichstag: el NSDAP y el Partido Comunista, ejemplo de polarización extrema. Con el apoyo de los sectores más conservadores del arco político, el presidente Paul von Hindenburg nombró a Adolf Hitler como canciller alemán, siendo el líder del partido con más bancas en el Reichstag, aunque no con la mayoría, en enero de 1933. La ingenua creencia de que podrían manipularlo, llevó a que políticos experimentados formaran una coalición con un partido al que observaban como una rareza pasajera, pero que supo cosechar voluntades en todos los sectores de la población en cada elección. La milicia de las SA cuatuplicaba al Ejército, y se enfrentaba con los grupos armados del comunismo en las calles; esto le permitía mostrarse al NSDAP como una «garantía» de orden en una situación de incertidumbre política y económica, así como un elemento de cohesión social para muchos jóvenes que se lanzaban a una aventura demagógica que les prometía una «comunidad de sangre». El despliegue propagandístico de los nazis,

su apelación milenarista, la energía de sus milicias, contrastaban con el cansancio de los políticos tradicionales, ya incapaces de generar entusiasmo en los ciudadanos.

Ya en el poder, Hitler tuvo prisa en tomar las riendas para iniciar la implantación de un nuevo sistema social. En nuevos comicios, amañados y digitados, cosechó una mayor cantidad de escaños y le permitió barrer con sus adversarios. El Reichstag le otorgó plenos poderes legislativos, implantó la censura, encarceló a sus opositores y comenzó el largo proceso de nazificación de los alemanes. Los judíos fueron desplazados de las funciones en el Estado, las universidades, las Fuerzas Armadas, en una política de expulsión de este sector de la población. Los que pudieron, emigraron; la mayoría supuso –equivocadamente–, que se trataba de medidas demagógicas que habrían de durar poco. Tras la purga de las SA de los elementos que podían disputarle el poder interno, en 1934, Hitler fue sumando más poder y emprendió una política de rearme alemán, en connivencia con sectores empresariales que buscaban obtener más ganancias, a la vez que beneficiarse con las políticas de «arianización» de la economía. En Alemania, ya antes de su unificación, había una estrecha relación entre las estructuras estatales y los carteles económicos, y esto se acentuó en el período de entreguerras.

En la ideología racista *völkisch* que inspiró al nacionalsocialismo, los arios se hallaban en la cúspide racial de la humanidad, en particular los nórdicos. Sostenían que los arios se habían «degradado» racialmente al mezclarse con otros pueblos «inferiores», debilitando a la comunidad e incorporando características genéticas regresivas. Organizaban a la especie humana en una jerarquía rígida de razas, colocando a los eslavos en un escalón inferior y, como un pueblo completamente aparte, a los judíos,

a los que catalogaban como «subhumanos» y, por consiguiente, portadores de una serie de características genéticas que los hacía deseables. Para el nacionalsocialismo, entonces, los judíos no eran creativos ni laboriosos, sino que actuaban como parásitos que se alimentaban de un organismo al que iban enfermando y debilitando, por lo que debían ser expulsados –o exterminados–. Esta «purificación racial» significaba el apartamiento de los judíos de la comunidad de sangre (*Blutsgemeinschaft*) germánica, así como la eliminación física de los arios que tenían patologías o discapacidades, lo que formaba parte de la política de eugenesia o «higiene racial». Asimismo, el nazismo también afirmaba la necesidad de tener un «espacio vital» (*Lebensraum*), una enorme región de Europa en la que habrían de desarrollar el gran imperio germánico, en el que incluían a noruegos, suecos, holandeses y daneses. Ese «espacio vital» lo ubicaban en Polonia, países bálticos, Bielorrusia, Ucrania y la Rusia europea, por lo que la expansión hacia el este era parte de uno de sus ejes ideológicos, acompañado por la «purificación racial». La segunda guerra mundial, por consiguiente, no fue un conflicto bélico clásico de expansión territorial, sino que el régimen de la Alemania nazi tenía propósitos ideológicos muy concretos de ingeniería social y utopía racial que quería cumplir, y en torno a ellos diseñó su estrategia militar.

El nacionalsocialismo se apartaba de la noción de la nacionalidad alemana que se había desarrollado en los siglos XVIII y XIX, en la que lo alemán se identificaba con la lengua y la cultura, sin hacer distinciones de religión, para incluir a católicos, luteranos, reformistas y judíos en este amplio paraguas. La impronta de las ciencias naturales en la centuria decimonónica, así como el desarrollo de la pseudociencia de la eugenesia, le dieron al nazismo un argumento biológico para determinar quién era alemán y quién

no. Asimismo, se distinguía entre los alemanes del Reich (*Reichsdeutschen*) y los alemanes que, todavía, no formaban parte del mismo (*Volksdeutschen*): el objetivo era que todos estuvieran bajo un mismo Estado, ampliado territorialmente.

Para lograr la expulsión de los judíos de Alemania y el acallamiento de todas las voces opositoras al nuevo régimen, desde las filas del NSDAP se impulsó el boicot económico a los comercios judíos, el 1 de abril de 1933. Milicianos de la SA, con el amparo de las fuerzas policiales, intentaron impedir que se pudiera comprar en los comercios judíos, colocándose en las puertas con actitud de matones y pintando la estrella de David, aunque no lograron la aceptación masiva a esta maniobra coercitiva. Este hecho despertó una ola de críticas internacionales y el régimen advirtió que había avanzado demasiado rápido en este intento de nazificación de la población alemana, por lo que la canceló. No obstante, el 7 de abril aprobó la Ley para el Restablecimiento del Servicio Público Profesional, por la que se apartaba a los judíos de la administración pública, incluyendo a los no judíos que eran francamente opositores al nazismo. Esta medida afectó a miles de judíos que ejercían como jueces, fiscales y otros empleados de la administración pública, pero a petición del presidente Hindenburg quedaron excluidos del alcance de esta norma aquellos que habían resultado lisiados por su participación en las filas alemanas durante la primera guerra mundial. Esta política de exclusión antisemita también llegó a los médicos, profesores, maestros, directores de orquesta, banqueros, abogados y científicos, estableciéndose un *numerus clausus* para su acceso a los estudios secundarios y universitarios. Con esta medida, los nazis se ganaron el apoyo tácito de muchos alemanes que ocupaban los puestos vacantes, ascendiendo social y profesionalmente, de

modo que fueron tejiendo una urdimbre de silencio y complicidades ante estos atropellos. Científicos de renombre internacional como Albert Einstein pudieron emigrar rápidamente, al hallar universidades extranjeras que estuvieran dispuestas a recibir a distinguidos académicos, pero estos casos fueron escasos.

Simultáneamente, en el Reich alemán se desarrolló en silencio la política de la eliminación física de aquellos cuyas vidas consideraba inútiles y onerosas, es decir, de todos aquellos que tenían patologías o problemas físicos que no condecían con la «pureza racial». Ya en 1933 se estableció la esterilización forzosa de aquellas personas que tuviesen patologías como esquizofrenia, trastornos bipolares, ceguera y sordera hereditarias, problemas cognitivos y epilepsia, entre otras. La decisión recaía en los tribunales de salud hereditaria, compuestos por dos médicos y un juez, próximos a la ideología nazi. De este modo, entre 250.000 y 350.000 personas fueron afectadas por la política de esterilización forzada. Hubo una nazificación intensiva de la profesión médica, ganando adeptos en posiciones importantes de universidades, hospitales e institutos de investigación, decididos a emplear lo que argüían que era biología aplicada para la purificación del pueblo alemán.

Con el inicio de la guerra, secretamente se implementó la Aktion T-4, la eutanasia aplicada que significó la muerte de miles de «arios» en hospitales y centros psiquiátricos, implementada por médicos y enfermeras. Fueron los primeros pasos en la utilización de las cámaras de gas, luego generalizadas en los campos de exterminio instalados en los territorios conquistados en Europa Oriental, para asesinar masivamente a los judíos.

Si bien el clima de hostilidad hacia los judíos persistió en los comienzos del nazismo en el poder, hasta 1935 Hitler no impulsó

nuevas medidas por una cuestión táctica, ya que precisaba estabilizar la economía germana y no provocar disrupciones importantes en la política exterior. Pero en 1935 volvió a tomar la iniciativa y presentó un conjunto de normas de abierto carácter antisemita, conocido como las Leyes de Nuremberg, presentado en la asamblea anual del NSDAP en esa ciudad meridional, en donde hacían sus puestas en escena que tanto impactaban a los participantes y observadores, con su despliegue rimbombante de megalomanía totalitaria.

Se trataba de la Ley de Ciudadanía del Reich alemán y de la Ley para la Defensa de la Sangre y el Honor Alemán, de las cuales se desprendió una serie de decretos para su implementación práctica. Éstas establecían que los ciudadanos del Reich lo eran por sangre alemana o afinidad consanguínea, y que sólo ellos tenían derechos políticos. Se prohibían los matrimonios mixtos y anulaban los existentes, así como declaraba inválidos los que se celebraran en el extranjero. Los judíos ya no podían enarbolar la bandera alemana, no podían contratar empleadas domésticas arias. Como la normativa no especificaba quién era judío y quién no, fue en la reglamentación en donde se intentó definir el límite: judío era quien tuviese por lo menos tres abuelos judíos, tomando la base religiosa; era *Mischling* («mixto»), quien tuviese dos abuelos judíos. La ideología nazi, a pesar de pretender fundarse en una ciencia biológica, no pudo precisar su alcance desde esta perspectiva en la legislación que emanaba. A estas normas generales se añadieron disposiciones de las autoridades locales y regionales, de instituciones sociales y deportivas, aislando cada vez más a los judíos, apartados en su propio país. La suma de prohibiciones, humillaciones y vejaciones se incrementaba, ante la ausencia de críticas de envergadura de los otros gobiernos,

pero que bien conocían de primera mano los rasgos totalitarios del nazismo a través de los informes de los cuerpos diplomáticos.

La reincorporación de la región del Sarre/Saar a Alemania, bajo ocupación francesa tras la Gran Guerra, fue un éxito diplomático para Hitler, quien se envalentonó con la militarización de la región de Renania en marzo de 1936, a pesar de la prohibición expresa en el Tratado de Versalles. De haber actuado en ese momento, británicos y galos hubiesen asestado un duro golpe al régimen nazi en su política de rearme y expansión, ya que aún no estaba preparado para un conflicto bélico. Esto le permitió reimplantar el servicio militar obligatorio, también prohibido por el tratado de paz. Pero estos actos de pusilanimidad de las democracias occidentales, sumado al éxito propagandístico de los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, proyectaron la imagen –y la convicción– de que Alemania estaba ganando el status de una gran potencia europea, gracias al nazismo. El antisemitismo, entonces, quedaba como un elemento al que muy pocos prestaban atención, en una atmósfera cada vez más enrarecida en la que las potencias totalitarias parecían ganar el presente y el futuro, en detrimento de las libertades individuales y las democracias. Fueron, también, los años de las grandes purgas en la URSS bajo el férreo sistema stalinista, con juicios espectaculares en los que nadie estaba a salvo de ser ejecutado o enviado por muchos años a los campos del GULAG. Fue a partir de 1938 que Hitler pasó a la ofensiva política y militar para expandir a Alemania, engullendo territorios poblados por personas de habla alemana, como primer paso hacia la expansión para conformar el «espacio vital» con la purificación racial, con la meta de alcanzar el gran imperio germánico. Es que se consideraba a sí mismo con una misión providencial, de carácter mesiánico, un milenarismo racial en el

que las legiones arias derrotarían en un Armagedón a sus enemigos judíos y de razas «inferiores». El primer país anexo fue Austria, en marzo de 1938, en donde las tropas alemanas fueron recibidas con algarabía por la población que salía a su paso. De este modo se llevó a cabo el *Anschluss*, la fusión de los dos países, tierra natal de Adolf Hitler, a pesar de que también estaba prohibida por los tratados de Versalles y Saint-Germain-en-Laye. Para los judíos de Austria, el *Anschluss* fue un golpe fortísimo, ya que de inmediato se aplicaron todas las leyes vigentes en la Alemania nazi, por lo que repentinamente se vieron convertidos en extranjeros en su propio país. Viena, que había sido una de las ciudades intelectualmente más vibrantes ya desde fines del siglo XIX, se vio sacudida por la irrupción del nazismo. Con el *Anschluss* se incrementó la cantidad de judíos que buscaban escapar del nazismo, pero no hallaban naciones dispuestas a recibirlos, por lo que el presidente Franklin D. Roosevelt organizó una conferencia internacional con los países democráticos de Europa, el continente americano y del Imperio Británico para discutir la solución. Esta conferencia, que se realizó en Evian, Francia, tomó varias jornadas y sólo la representación de la República Dominicana expresó su disposición a recibir a los judíos que eran empujados a huir de Alemania y Austria, pero que no encontraban a dónde ir. Abundaron las excusas y faltaron las soluciones; mientras tanto, Hitler ya miraba hacia Checoslovaquia para cercenarla y, posteriormente, deglutirla en el Reich. En este caso, Hitler presentaba como «víctimas» a los alemanes de los Sudetes, que eran el 23% de la población de Checoslovaquia, entonces la única democracia liberal en el centro de Europa. El Partido de los Alemanes de los Sudetes, el SdP (*Sudetendeutsche Partei*) liderado por Konrad Henlein, tenía representación parlamentaria y exigía la más completa autonomía de las regiones en donde tenían mayoría,

casi un Estado nacionalsocialista dentro del país. En rigor, era un partido nazi pero que disimulaba su completa sumisión a Hitler. Tras una dura ofensiva diplomática, en la que amenazó con el uso de la fuerza, Hitler logró que las autoridades del Reino Unido y Francia claudicasen y aceptaran la cesión de los Sudetes a favor de la Alemania nazi en el llamado Pacto de Munich, como un intento de evitar la guerra en el continente europeo. Hitler se comprometió a respetar la independencia de la Checoslovaquia residual, pero en marzo de 1939 invadió sin problemas a la parte checa del país, anexándola como «Protectorado de Bohemia y Moravia», en tanto que Eslovaquia fue nominalmente un país independiente, pero parte del Eje. Este «protectorado» fue el primer laboratorio de las políticas de segregación racial e ingeniería social del nazismo, que planificó la germanización de una parte de la población checa, la sumisión y brutalización de una segunda parte para que fuese semiesclavizada, y la tercera parte habría de perecer o ser expulsada. También se aplicó la «arianización» de la desarrollada economía checa, que fue quedando en manos del Estado alemán. A la política antisemita se agregaba, entonces, el cierre de universidades y academias, la eliminación gradual de la lengua y cultura checas. Esta invasión significó, también, que más judíos se encontraban atrapados por el nazismo, en un mundo cada vez más cerrado y hostil. Las autoridades británicas, bajo cuyo mandato se encontraba la región de Palestina, pusieron todos los obstáculos posibles para que los judíos pudiesen retornar a su tierra de origen, para no enemistarse con los líderes árabes.

Las sucesivas capitulaciones ante Hitler hicieron que éste se sintiera no sólo más fortalecido, sino también más convencido de su rol providencial. Así fue como permitió que se desatara la furia de la *Kristallnacht* en noviembre de 1938, poniendo en evidencia

que se entraba en una nueva etapa de la política antisemita del régimen nazi. Se trató de un hecho fogoneado desde el poder, con apariencia de espontaneidad, pero la policía recibió órdenes, varias horas antes, de que no debía intervenir. No sólo murieron judíos y fueron incendiados templos y comercios, sino que además, en el colmo de la hipocresía y la arbitrariedad, fueron las víctimas quienes tuvieron que pagar las indemnizaciones por los daños.

En 1939, Hitler reclamó la cesión de la ciudad de Danzig, para que Alemania pudiera conectarse físicamente con Prusia Oriental, ya que ambas partes del país estaban separadas por el llamado «corredor polaco». Si bien la ciudad de Danzig estaba bajo administración de la Liga de las Naciones, el NSDAP había ganado los comicios municipales. El resto de la estrecha salida de Polonia al mar Báltico estaba bajo soberanía de Varsovia, y la población era una mezcla de alemanes, polacos y otros grupos eslavos, como ocurría en todo el centro de Europa.

El 23 de agosto de 1939, los ministros de Relaciones Exteriores de Alemania y la URSS, Joachim Ribbentrop y Molotov, respectivamente, rubricaron un tratado de no agresión entre ambos países. La parte secreta del tratado era el reparto de Polonia, los países bálticos y Besarabia, hasta entonces parte de Rumania. La furia de acero y fuego se desató sobre Polonia el 1° de septiembre de 1939, cuando la Alemania nazi comenzó la invasión en una guerra relámpago (*Blitzkrieg*) en la que los tanques y aviones avanzaban destruyendo lo que encontraban a su paso, seguidos por la infantería. La resistencia del ejército polaco fue heroica, pero estaba mal pertrechado frente a los germanos. Un golpe artero llegó el 17 de septiembre, cuando los soviéticos comenzaron la invasión desde el este, anexando las partes en las que la población era mayoritariamente ucraniana y bielorrusa, e implantaron

rápida­mente el sistema socialista en aquella porción de Polonia. En esas circunstancias se produjo la matanza de Katyń, en donde miles de oficiales y líderes políticos polacos fueron asesinados por los soviéticos, a fin de eliminar físicamente a la élite que podía hacer frente al proceso intenso de sovi­etización.

La invasión de Polonia era el primer paso para la conformación del espacio vital: dos regiones fueron anexadas al Reich, Wartheland y Danzig-Prusia Occidental, en tanto que el centro de la Polonia invadida fue denominada «Gobierno General», en donde se ubicó la mayor cantidad de los ghettos y hacia donde eran expulsados judíos y polacos. La limpieza étnica fue acompañada por la reubicación de los alemanes que vivían en los países bálticos en esta región, ocupando las propiedades y bienes que dejaban atrás judíos y polacos. De este modo, al igual que lo había estado haciendo la URSS, se trasplantaban poblaciones enteras para homogeneizar en torno a una «comunidad de sangre». El *Gauleiter* del Wartheland, Arthur Greiser, fue quien aplicó rigurosamente las concepciones de la pureza racial en la región que administraba: no sólo debía estar «libre de judíos» (*Judenfrei*), sino que además debía estar habitada únicamente por arios. Por consiguiente, Greiser implementó la antropometría de la población local, para determinar por sus características anatómicas quién era parte de la raza aria. En este relevamiento exhaustivo se medían los cráneos, se observaba el color de ojos y cabellos, lo que llevó a una expulsión masiva de judíos y polacos hacia el Gobierno General, aproximadamente unos 600 mil. El *Gauleiter* de Danzig-Prusia Occidental, Albert Forster, fue más flexible que su par del Wartheland: sus agentes preguntaban a la población local si tenía ascendencia alemana, con lo que una parte considerable respondió afirmativamente, para no ser deportada. Sí aplicó la política de *Judenfrei*, como buen miembro de la SS.

A diferencia de Alemania y Austria, en donde la población judía era muy reducida, en Polonia era aproximadamente el 10% del total. Las aldeas judías fueron despobladas y sus habitantes deportados a los ghettos en las grandes ciudades, en donde fueron hacinados en sectores restringidos. Fue una política de segregación que se fue desarrollando en el transcurso de la ocupación; los judíos eran utilizados como mano de obra y se les redujo la ración de alimentos, sin contacto con los alemanes. Los enfermos, ancianos y débiles fueron pereciendo rápidamente en esta situación de precariedad, aunque el régimen nazi no había iniciado todavía el exterminio, ya que barajaba planes de expulsión hacia Siberia o Madagascar.

Si bien la URSS y la Alemania nazi tuvieron relaciones cordiales hasta 1941, incluso con intercambio de «personas no gratas» para ambos regímenes totalitarios, Adolf Hitler siempre mantuvo el plan de invasión hacia el este europeo, a fin de expandir el «espacio vital». De allí que, tras derrotar a Francia y Bélgica en el Occidente europeo, y de conquistar Noruega, Dinamarca, Luxemburgo y los Países Bajos, se preparara para la *Ostkrieg*, la guerra contra la URSS.

El 22 de junio de 1941, los alemanes iniciaron la guerra de conquista de la Unión Soviética con la denominada Operación Barbarroja. Hitler suponía que en pocos meses habría de derrotar al ejército soviético, que se desplomaría rápidamente por la debilidad del régimen de Stalin y la superioridad racial de los arios. La *Blitzkrieg*, que tan bien había funcionado en Polonia y Francia, con territorios más reducidos, no tenía los mismos resultados en las vastas planicies de Rusia y Ucrania. Detrás del Ejército alemán, llegaban los *Einsatzgruppen*, encargados de la ejecución sistemática de judíos, a los que fusilaban sin distinciones.

de edades o sexo. Eran llevados a las afueras de las ciudades o pueblos, obligados a cavar sus propias fosas y asesinados al pie de las mismas. Se trataba del comienzo de una política de aniquilación sin contemplaciones. El Plan General del Este (*Generalplan Ost*) también incluía la muerte de unos treinta millones de eslavos, en tanto que los sobrevivientes serían utilizados como siervos al servicio de los arios, quienes vivirían en comunidades agrícolas. El plan de reasentamiento de arios en este espacio vital incluía a noruegos y holandeses, y llegaron a establecerse algunas colonias agrícolas en los territorios conquistados. En la delirante visión del nazismo, los más aptos para vivir en las fronteras de este nuevo y gran imperio germánico habrían de ser los noruegos que, al tener ancestros vikingos, sentirían cómo su espíritu guerrero se despertaría para contener a las hordas asiáticas. En los montes Urales habrían de levantar un gran muro fortificado, la *Wehrgrenze*, para arrojar al otro lado a los hambrientos eslavos y asiáticos que no precisarían. La guerra del este europeo era concebida como una *Vernichtungskrieg*, una guerra de aniquilación, en la que «retornarían» a sus antiguas tierras.

Los *Einsatzgruppen* llevaban adelante su campaña de aniquilación, pero para las autoridades de la ss, liderada por Heinrich Himmler, estaban gastando excesivas municiones. Asimismo, a pesar de la deshumanización de los judíos, estos verdugos tenían serios problemas psicológicos como consecuencia de los fusilamientos. Para darle celeridad al exterminio, se utilizaron camiones en donde eran gaseados letalmente grupos de judíos, algo que ya habían experimentado con el plan Aktion T-4 en Alemania, y llevaron médicos que tenían práctica en asesinar. La siguiente fase fue la creación de los campos de exterminio en los territorios conquistados de Polonia y URSS, a donde se transportó a los

judíos de otros países europeos. Era el resultado de lo resuelto en la Conferencia de Wannsee, de enero de 1942, en donde rápidamente se delineó la «solución final», la aniquilación del pueblo judío en el continente europeo.

La Operación Barbarroja fue un fracaso y el ejército alemán comenzó a sufrir derrotas a partir de la batalla de Stalingrado (hoy Volgogrado), e inició un camino de retroceso en el que persistió en la aniquilación. La SS, considerada la vanguardia racial aria, estaba a cargo de los campos de exterminio, y era un cuerpo de élite dentro del partido nazi, no de las Fuerzas Armadas. A pesar de que el Eje iba sumando derrotas, se intensificó la deportación de judíos a los campos de la muerte, en donde se seleccionaba una parte para trabajar en las fábricas de material bélico, en tanto que otra –niños, ancianos, enfermos– eran remitidos directamente a las cámaras de gas. Algunos judíos fueron sometidos a experimentos médicos en esos campos, ya que los nazis probaron nuevas técnicas de esterilización, o bien la resistencia y el desarrollo de patologías infecciosas.

El hecho de que, en plena guerra, los nazis dedicaran tantos recursos al genocidio, señala que era la concepción ideológica era determinante de todas sus acciones, quedando relegadas a un segundo plano las consideraciones militares. La singularidad de la Shoá está en que se trató de un genocidio realizado en forma industrial, un plan de aniquilación total que no reconocía ningún límite, con el propósito de borrar a los judíos de la faz del planeta. Era la impronta de la concepción biológica llevada a sus consecuencias, que fue la muerte de aproximadamente seis millones de judíos en cámaras de gas, fusilados, hacinados en ghettos, inanición o por patologías infecciosas no tratadas. Lo mismo ocurrió

con millones de esclavos: polacos, rusos, ucranianos, bielorrusos, así como de unos doscientos mil gitanos.

A grandes rasgos, pueden advertirse cuatro etapas de la política antisemita del régimen nazi: 1) la expulsión, entre 1933 y 1939; 2) la reclusión en ghettos, cuando inicia la guerra con la invasión a Polonia; 3) los fusilamientos masivos de los *Einsatzgruppen* con la invasión a la URSS y 4) el establecimiento de los campos de exterminio, ya en plena etapa de la «solución final».

El primer campo de exterminio fue establecido en Chelmno, localidad polaca cercana a Łódź, ciudad en la que se hallaba uno de los ghettos más importantes. La Operación Reinhard, de la SS, estableció tres nuevos campos de exterminio en Belzec, Sobibor y Treblinka. Estos campos estaban bien conectados al sistema ferroviario, de modo que pudiera hacerse el traslado rápido de las víctimas desde los diferentes centros urbanos. Se instalaron las cámaras de gas y los cadáveres eran arrojados a grandes fosas. Asimismo, su ubicación en el este europeo les permitía ocultar la naturaleza criminal de sus acciones, lejos de Alemania. Posteriormente, fue el complejo Auschwitz-Birkenau en donde se concentró la maquinaria de matar, en donde también se utilizaron las cámaras de gas con Zyklon B, y los cuerpos se incineraban para no dejar rastros de la aniquilación. Este plan de exterminio requirió de la coordinación de los distintos departamentos gubernamentales con la SS, a su vez con una organización sistemática del traslado en ferrocarriles con vagones herméticos, a fin de que no pudiera conocerse el contenido que transportaban. Fue el jefe de la Oficina de Asuntos Judíos de la Seguridad del Reich, Adolf Eichmann, quien estuvo a cargo de los aspectos operativos y logísticos sobre el traslado, trato y recepción de las víctimas en los campos de exterminio. Los responsables del genocidio utilizaban

eufemismos para no referirse al exterminio, en su empeño por mantener en secreto su verdadero propósito.

Los judíos deportados desde diferentes puntos de Europa eran llevados a estos campos, bajo el engaño de que eran llevados a sitios en el este del continente, sin mayores precisiones. Esto permitía una mejor organización del traslado y, al llegar a sus destinos, eran desvalijados de sus últimas pertenencias. El exterminio duró hasta que los miembros de la SS debieron abandonar los campos ante el avance de las tropas soviéticas. No todos los campos fueron de exterminio, muchos eran de prisioneros de guerra o de opositores políticos, de allí que muchos negacionistas de la Shoá se tomaran de esos ejemplos para argüir que el genocidio no existió. La enorme mayoría de los sobrevivientes, por su lado, sólo buscó rehacer la vida luego de ver tanto horror y destrucción, por lo que se pudo conocer más sobre qué fue la Shoá en el juicio a Adolf Eichmann, en los años sesenta. Pero los judíos no permanecieron pasivos ante su aniquilación, y un ejemplo de ello fue la resistencia heroica en el levantamiento del ghetto de Varsovia, gracias al apoyo brindado con armas por la resistencia polaca. Hubo también quienes arriesgaron sus vidas en ayudar a judíos a escapar del nazismo, ocultándolos en sus hogares y ayudándolos a escapar, y ellos permanecen en nuestra memoria como personas justas entre las naciones, una luz en medio de tantos escombros en el infierno.

La singularidad de la Shoá, entonces, se halló en que el Estado montó una poderosa maquinaria de matar, en la que participaron médicos, enfermeros, militares y políticos, así como voluntarios de algunas nacionalidades de Europa oriental, para exterminar en modo sistemático al pueblo judío, sobre bases biológicas. Fue la cumbre del antisemitismo, que pretendió borrar de la faz del planeta a cada uno de los judíos.

BIBLIOGRAFÍA

- Michael Burleigh, *El Tercer Reich*. Buenos Aires, Taurus, 2003.
- Israel Gutman, *Holocausto y memoria*. Jerusalém, Yad Vashem, 2003.
- Yitzhak Arad, *The Operation Reinhard Death Camps: Belzec, Treblinka, Sobibor*. Bloomington, Indiana University Press, 2018.
- Bernard Mees, *The Science of the Swastika*. Budapest, Central European University Press, 2008.
- Anton Weiss-Bendt, Rory Yeomans et al, *Racial Science in Hitler's New Europe, 1938-1945*. Lincoln, University of Nebraska Press, 2013.
- Jeremy Black, *The Holocaust: History and Memory*. Bloomington, Indiana University Press, 2016.
- Mark Glickman, *Stolen Words: The Nazi Plunder of Jewish Books*. Lincoln, University of Nebraska Press, 2016.
- Ian Kershaw, *La dictadura nazi*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Stephen Fritz, *Ostkrieg: Hitler's War of Extermination in the East*. Lexington, University Press of Kentucky, 2011.
- David Redles, *Hitler's Millennial Reich*. New York, New York University Press, 2005.
- A. James Gregor, *Totalitarianism and Political Religion*. Stanford, Stanford University Press, 2012.
- Robert Jay Lifton, *Los médicos nazis*. Buenos Aires, Ateneo, 2018.

IV

El antisemitismo soviético

Uno de los estereotipos más difundidos por el antisemitismo en Occidente es la identificación de los judíos con la revolución bolchevique, como si hubiesen sido los mentores y organizadores del régimen socialista soviético. Para quienes creían en las teorías de la conspiración judía mundial, la revolución bolchevique era una señal de que el judaísmo había tomado el poder en el antiguo Imperio de Rusia como un paso más hacia la dominación planetaria. Las figuras de Trotski, Kamenev y Zinoviev entre los miembros del consejo de comisarios del pueblo que se impuso en 1917, parecía ratificar esa creencia ante los ojos de quienes sospechaban esa maniobra conspirativa. A esto se le sumaba que Karl Marx era de ascendencia judía, aun cuando su padre se había convertido al cristianismo.

La aproximación a la historia rusa y soviética de los siglos XIX y XX nos ayudará a despejar esa relación que parece tan evidente, y nos exhibirá una pintura de muy variados colores, como una obra de Kandinski.

El Imperio de Rusia, que era mucho más extenso de lo que luego fue la Unión Soviética y, desde 1991, la más reducida Federación de Rusia, tenía una gran diversidad de nacionalidades y religiones en su interior. Al igual que en varios censos de Europa

central y oriental, los judíos eran considerados una nacionalidad que tenía como elementos distintivos su propia religión y la cultura y lengua yiddish. La población judía estaba restringida a vivir en la «zona de residencia», en la parte más occidental del Imperio, así como se le imponía un *numerus clausus* para sus estudios universitarios. Por la muerte del zar Alejandro II, se desataron persecuciones contra los judíos, los *pogroms*, generando una ola migratoria que mayormente se dirigía hacia los Estados Unidos. El zar Alejandro III clausurará la transición al constitucionalismo que había iniciado su antecesor, con lo que la intelectualidad rusa se radicalizará aún más, que hará suyas las diferentes variantes del socialismo y el anarquismo. En esta atmósfera de represión y ausencia de vida política, jóvenes judíos se integraron a estas corrientes, apartándose de las creencias y tradiciones de su comunidad. Lev Trotski (Lev Davidovich Bronstein), por ejemplo, primero se integró al grupo narodnik, y más tarde se hizo marxista y miembro del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso. Cuando este se partió en dos fracciones, bolcheviques y mencheviques, Trotski jugó como figura independiente, y se sumó a la primera recién durante la revolución de 1917, tras su exilio en los Estados Unidos. La mayoría de los socialistas judíos integraba el *Bund*, una formación política que aspiraba a la autonomía cultural de la comunidad en Rusia. Cuando a partir de 1905 el zar Nicolás II concedió la creación del parlamento, la Duma, la mayor parte de la población judía votaba al partido Constitucional Demócrata, de carácter liberal, que proponía una monarquía parlamentaria al estilo occidental. No obstante su carácter minoritario, los judíos se distinguieron en los partidos políticos emergentes por su sólida formación intelectual, tal como estaba ocurriendo en las artes y las profesiones liberales.

Para Karl Marx y Friedrich Engels, los creadores del marxismo o «socialismo científico», el nacionalismo, como la moral, la religión, el liberalismo y el parlamentarismo eran parte de la «superestructura». Ese mundo de las ideas y creencias no era más que un reflejo del modo de producción de la sociedad. Para los teóricos del marxismo, el modo de producción capitalista creaba esa superestructura para justificarse y mantener subordinado al proletariado. De acuerdo a esta visión, cuando se pasara a la etapa siguiente del modo de producción socialista, esas ilusiones creadas por el modo de producción capitalista se desvanecerían. Es por ello que los marxistas bolcheviques, liderados por Vladimir Lenin, miraban con recelo la existencia del *Bund*, ya que a su demanda de autonomía cultural judía la consideraban de carácter burgués, al igual que el sionismo. Para Marx y Engels, carecía de sentido y era contraria al desarrollo histórico la conservación de las identidades nacionales de pequeñas minorías. Despreciaban las exigencias de los checos de tener autonomía, por ejemplo, porque entendían que debían ser completamente asimilados dentro de la cultura germana. Asimismo, escribieron a favor de la expansión de los Estados Unidos hacia el Oeste, incorporando en un mercado más extenso a las poblaciones mexicanas y aborígenes; y lo mismo opinaron sobre el colonialismo francés en África septentrional. Esta visión la incorporó Lenin, pensando en la rusificación de los pueblos que integraban el Imperio de Rusia, aunque aceptaba en una etapa inicial las demandas nacionalistas para mantenerlas dentro de una Unión. Siendo la historia de la humanidad la historia de la lucha de clases, no tenían cabida los anhelos de crear Estados nacionales en un mundo socialista en el que todos serían proletarios sin fronteras. Es por ello que desde la perspectiva clasista del marxismo, el antisemitismo soviético se diferenciará del nazismo porque se opone al «nacionalismo

burgués» del sionismo y de los intentos de autonomía, a los que durante la guerra fría identificará con acusaciones de «imperialismo» de Estados Unidos y Gran Bretaña.

LA REVOLUCIÓN DE 1917

La revolución en Rusia comenzó en febrero de 1917, tras las protestas en Petrogrado por la carestía durante la primera guerra mundial. En estas circunstancias se creó un gobierno provisional, formado mayormente por miembros del Partido Constitucional Demócrata, de carácter liberal. El zar Nicolás II abdicó en su nombre y en el de su hijo, el zarevich Aleksei, y la nueva forma de gobierno habría de ser decidida por una asamblea constituyente. El gobierno provisional se comprometió con sus aliados occidentales en continuar la guerra, a pesar de su impopularidad en Rusia. Fue Vladímir Ilich Lenin quien hizo oír su voz contraria tras su retorno del exilio en Suiza, con la ayuda material del Imperio Alemán. Y es que Lenin apostó a la derrota rusa desde el inicio de la conflagración mundial, llamando a boicotear el esfuerzo bélico en su país, diferenciándose de los otros partidos socialistas en Europa. Los alemanes no sólo ayudaron a su regreso por tren a través de Alemania, Suecia y Finlandia, sino también financiaron los periódicos del minúsculo Partido Bolchevique, que llamaba a la paz, la toma de tierras y la desertión de los soldados que combatían en las trincheras. Siendo un partido altamente disciplinado y centralizado, formado por revolucionarios profesionales, logró penetrar en los soviets de campesinos, obreros y soldados que se habían formado y que funcionaban como gobiernos paralelos. En esos agitados días, Trotski se sumó a los bolcheviques. En noviembre de 1917 (octubre en el calendario juliano), los bolcheviques tomaron el poder en Moscú y Petrogrado. Junto a Lenin, fue

Trotsky la figura más notoria por haber sido primero el comisario del pueblo para los asuntos exteriores y, después, el organizador del Ejército Rojo. También se destacaron Kamenev y Zinoviev, de origen judío, como miembros del consejo de comisarios del pueblo (Sovnarkom), en tanto que Stalin, georgiano, ocupó el comisariado para las nacionalidades. Los bolcheviques prohibieron al resto de los partidos y clausuraron los diarios independientes y de otras corrientes políticas. Fue Trotsky quien negoció en 1918 un acuerdo con los alemanes, en la ciudad de Brest-Litovsk, por la cual se cedió a los teutones la posesión de Ucrania, parte del Sur de Rusia y el Cáucaso, vitales para que el Kaiser Guillermo II pudiera prolongar la guerra por dos años más, ya que en esos territorios había alimentos y petróleo. Los países occidentales intentaron abrir el frente de guerra oriental, ya sea ocupando partes del antiguo Imperio Ruso o bien enviando dinero a los ejércitos «blancos» que se estaban formando para oponerse al régimen bolchevique. Como se podrá observar, es una falacia la aseveración de que los gobiernos democráticos de Occidente ayudaron a la revolución bolchevique, régimen al que reconocieron a partir de mediados de los años veinte. Pero en la guerra civil que se desató en el antiguo Imperio de Rusia se utilizó la caricatura de asimilar al judío con el bolchevique, aun cuando hubo judíos liberales, mencheviques, socialistas revolucionarios y sin postura política que emigraron a otros países.

Ya con la caída del régimen autocrático zarista, los judíos se vieron liberados con el gobierno provisional de las antiguas restricciones para su desarrollo profesional y desplazarse dentro del territorio. Con la creación de la Unión Soviética, muchos lograron hacer destacadas carreras en las ciencias, la pedagogía, las artes y el periodismo. En la agencia gubernamental VOKS, que mantenía

relaciones con el exterior, se emplearon muchos judíos por sus conocimientos de idiomas. En 1928, el comité central del Partido Comunista decidió la fundación de la región autónoma judía de Birobidzhan, en el extremo oriente de Rusia, en la frontera con Manchuria y próximo a la península coreana. El objetivo era ofrecer una alternativa socialista ante la propuesta sionista de recrear el Estado de Israel en su lugar histórico, en el Cercano Oriente. Birobidzhan fue finalmente establecido a partir de 1934 –no es casual con el ascenso al poder de los nazis en Alemania–, pero sólo logró atraer pocos miles de judíos, permaneciendo la enorme mayoría en la parte occidental de la URSS. Sin embargo, exceptuando a esta región a seis mil kilómetros de Moscú, en los años treinta se cerraron masivamente colegios, escuelas técnicas, periódicos e instituciones culturales judías en la URSS, con el propósito de asimilarlos al resto de la población.

Hasta agosto de 1939, cuando la Unión Soviética rubricó el Pacto Ribbentrop-Molotov con la Alemania nazi, Stalin alentó la formación de los frentes populares de los partidos comunistas en Europa occidental con otras formaciones de izquierda para enfrentar al fascismo. Hasta la invasión alemana a la URSS en 1941, el tono general de la prensa soviética fue neutral y respetuoso hacia el régimen nazi.

EL COMITÉ JUDÍO ANTIFASCISTA Y EL COMLOT DE LOS MÉDICOS

Cuando los alemanes comenzaron su invasión a la Unión Soviética en 1941, Stalin desplegó una activa diplomacia en Occidente para ganar simpatía en la opinión pública de los países democráticos. Uno de sus instrumentos fue el Comité Judío Antifascista, creado por el gobierno soviético, en el que sus representantes fueron el actor y director de teatro Solomon Mijoels,

Itzik Fefer, Perets Markish, Shakne Epshtein e Ilia Ehrenburg, entre otros. Publicaba el semanario *Einikeit*, en yiddish. Estaba dirigido a generar apoyo en las comunidades judías del exterior, especialmente a la de Estados Unidos, con el fin de recibir ayuda material para la guerra contra los invasores. Algunos de sus miembros viajaron a Occidente, hecho que pocos años más tarde se utilizará en su contra.

Para los nazis, la conquista del Este europeo era crucial para sus postulados ideológicos: el primero, que en Polonia, los países bálticos y la URSS habitaba la mayor parte de los judíos europeos. Fue con la invasión a la URSS que los nazis comenzaron a experimentar e implementar la aniquilación sistemática de los judíos, ya sea con los fusilamientos a cargo de los *Einsatzgruppen* o bien con la utilización de camiones con gases letales. Cuando la URSS se empezó a liberar de la invasión, el Comité Judío Antifascista acarició la idea de crear una república socialista soviética judía que fuera un hogar en el seno de la URSS, en el que se preservara la cultura yiddish, y pensaron en la península de Crimea o donde había estado la República Autónoma de los Alemanes del Volga, que habían sido deportados al Asia Central. En mayo de 1944, de Crimea fueron deportados los tártaros al Asia Central, pero sus hogares y granjas fueron ocupados por rusos y ucranianos.

Al terminar la segunda guerra mundial, el régimen soviético retomará su política contra el «nacionalismo judío». Ya en los años treinta, el Ministerio de Seguridad Interior (MGB) había advertido sobre la predominancia de judíos en las artes y ciencias. Hubo informes en 1938 presentados al Politburó sobre la gran cantidad de judíos y armenios que había en el Teatro Bolshoi, las orquestas sinfónicas y las academias de ciencias, acusando a los primeros de formar círculos de favoritismo. Si bien el antisemitismo como tal

estaba prohibido en la URSS, hubo persecución, encarcelamiento y ejecuciones de judíos acusados de complotar con el sionismo, el trotskismo y las democracias de Occidente. El eufemismo utilizado fue el de «cosmopolitas apátridas».

La vida de los templos judíos, muy activa durante la guerra, volvió a reducirse a un estricto ámbito de culto, restringiendo las actividades de solidaridad de la comunidad, y el Consejo de Cultos Religiosos instruyó sobre la «lucha contra las costumbres que exciten el sentimiento nacionalista», como la cocción de la matzá (pan ácimo), el consumo de comida kosher y ritos funerarios, entre otras.

El Comité Judío Antifascista también redujo su actividad por orden gubernamental, negándose a permitir los viajes de sus miembros para encontrarse con líderes judíos en el exterior. Por un lado, el régimen de Stalin apoyó la creación del Estado de Israel, suponiendo que sería un país socialista en el Cercano Oriente, y le envió armamentos en forma directa e indirecta –a través de Checoslovaquia– durante la guerra de independencia. Pero por el otro, receló del sentimiento nacional que se despertó entre los judíos soviéticos.

En enero de 1948, Mijoels fue asesinado por el MGB, simulándose un accidente en una calle poco transitada de Minsk. En noviembre de ese año se disolvió el Comité Judío Antifascista, sus archivos fueron confiscados por el MGB y se cerró el periódico *Einikeit* y la editorial *Der Emes*, con el pretexto de que había pocos lectores de literatura yiddish. Pocos días después comenzaron a ser arrestados sus miembros, acusados de «tendencias nacionalistas». Como era costumbre, se extrajeron «confesiones» tras varias jornadas de interrogatorios y torturas. Itzik Fefer y el actor Benjamin Zuskin fueron arrestados en diciembre de 1948,

seguidos por otros antiguos miembros del Comité en enero de 1949. Fueron enjuiciados en 1952, acusados de ser espías del sionismo y los Estados Unidos; la paradoja es que el ministro de seguridad interior que los arrestó, Viktor Abakumov, también estaba tras las rejas por «desmoralización», falta de modestia personal y haberse apropiado de bienes requisados en Alemania.

Zuskin fue ejecutado el 12 de agosto de 1952 por el crimen de haber excitado los sentimientos nacionales judíos a través de su actuación teatral. En total hubo 110 condenados en el proceso contra el Comité Judío Antifascista: diez fueron fusilados, veinte sentenciados a 25 años en los campos de «reforma», y el resto con penas de menor duración.

Viacheslav Molotov, quien fuera ministro de Relaciones Exteriores soviético durante la guerra, fue obligado a divorciarse de su esposa Polina Zhemchushina, acusada de traición y enviada a un campo de rehabilitación por cinco años. Y a pesar de esto, ambos defendieron a Stalin hasta el último de sus días.

En 1949 se cerraron instituciones como el museo de tradiciones e historia de Birobidzhan, el museo judío de Vilnius, el museo histórico y etnográfico judío de Tbilisi, y se terminaron las transmisiones en yiddish de Radio Moscú Internacional. En una sociedad en la que todo era estatal y aduciendo razones presupuestarias, se cerraron los teatros judíos. Hubo expulsiones de «cosmopolitas apátridas» de las cátedras universitarias, academias de ciencias, teatros, conservatorios y orquestas sinfónicas.

En Birobidzhan, el primer secretario del Partido Comunista local, Aleksandr Bajmutski, fue acusado de traición y nacionalismo burgués; en 1952 se lo condenó a muerte, pero luego la pena fue conmutada a veinticinco años de prisión. Salió en libertad en

1956, en el proceso de desestalinización inaugurado por Nikita Jruschov.

En la atmósfera de paranoia de Stalin en sus últimos años de vida, se acusó a comienzos de 1953 a varios médicos judíos de ser agentes de espionaje Estados Unidos, Gran Bretaña y el sionismo, complotando contra la vida de los miembros del Politburó con el objetivo final de asesinar a Stalin. Entre ellos estaba el profesor Vinogradov, quien había sugerido a Stalin que se retirase de la vida pública por motivos de salud. Este proceso se detuvo cuando Stalin murió en marzo de 1953 por una hemorragia cerebral, circunstancia en la que los miembros del Politburó deliberadamente dejaron que agonizara sin asistencia médica.

LOS «COSMOPOLITAS» EN LA ERA POST-STALINISTA

Tanto en los años de Nikita Jruschov como de Leonid Brezhnev, la comunidad judía fue siendo asimilada forzosamente y los restos de la cultura yiddish fueron desapareciendo. La postura soviética de ayudar militarmente a los países árabes en sus guerras contra el Estado de Israel, hizo que los judíos fueran observados con sospecha dentro del país. Muchos deseaban emigrar hacia Israel, pero permitir ese libre movimiento de las personas suponía un duro golpe contra el prestigio del principal país socialista en términos de propaganda ideológica. Aquellos que deseaban irse, debían pagar un tributo de salida a la URSS por la educación que habían recibido. Asimismo, se impedía la emigración de aquellos que estaban especialmente calificados, como los físicos, ingenieros nucleares y químicos, vinculados a la carrera armamentista.

Como instrumento de presión, el senador Henry Jackson y el representante Charles Vanik lograron introducir la enmienda

Jackson-Vanik en los tratados comerciales de Estados Unidos con países que no respetaban el libre movimiento de sus ciudadanos, por la cual se restringía el intercambio económico con esas naciones. Por medio de negociaciones extraoficiales, se logró que las autoridades soviéticas ampliaran sus cuotas de emigración hacia Israel y Occidente. Es así que entre 1948 y 1968, sólo se permitió la emigración de 8300 judíos, en tanto que entre 1969 a 1972 pasó a ser de casi treinta mil emigrantes por año.

Habrà de ser con la implosión y desaparición de la Unión Soviética que finalmente miles de judíos pudieron emigrar sin trabas al Estado de Israel, pero ya sin rastros de la valiosa cultura yiddish que cultivaron sus antepasados.

BIBLIOGRAFÍA

Gennadi Kostyrchenko, *Out of the Red Shadows: Anti-Semitism in Stalin's Russia*. Amherst, Prometheus, 1995.

A. James Gregor, *Marxism, Fascism, and Totalitarianism: Chapters in the Intellectual History of Radicalism*. Stanford, Stanford University Press, 2009.

Robert Service, *Stalin. Una biografía*. Madrid, Siglo XXI, 2006.

Robert Service, *Trotski. Una biografía*. Barcelona, Ediciones B, 2010.

Václav Veber, *Stalin. Stručný životopis*. Praga, Karolinum, 1996.

Jean Meyer, *Rusia y sus imperios, 1894-1991*. México, FCE, 1999.

Walter Laqueur, *Stalin*. Barcelona, Vergara, 2003.

Vladislav Zubok, *Un imperio fallido*. Barcelona, Crítica, 2008.

Anatoly Dobrynin, *En confianza*. México, FCE, 1998.

V

La negación de la Shoá

Al poco tiempo del fin de la segunda guerra mundial, comenzaron a surgir algunos autores que pusieron en duda que el nazismo hubiera implementado políticas de exterminio sistemático a los judíos en Europa con fusilamientos y campos de aniquilación. Así fue naciendo lo que se denominó a sí mismo como «revisiónismo», un eufemismo bajo el que se cobijaron autores que niegan la Shoá. Bajo este paraguas, encontramos dos grandes corrientes ideológicas; por un lado, aquellos que simpatizan más o menos abiertamente con el nazismo; por el otro, hay autores de izquierda, que a través de la impugnación de la Shoá buscan demoler lo que consideran que es uno de los pilares de la creación del Estado de Israel. Esta segunda corriente, mucho más influyente intelectualmente, cobró gran fuerza a partir de la Guerra de los Seis Días, de 1967, cuando los israelíes ocuparon las alturas del Golán, la península del Sinaí, Cisjordania y Jerusalem Este (hasta ese año, administradas por Jordania), y la Franja de Gaza (que desde 1948 hasta 1967 fue administrada por Egipto). Por estos extraños itinerarios de dos vertientes autoritarias, nazis y trotskistas –o bien comunistas pro soviéticos– se encontraron en el cuestionamiento de uno de los hechos más aberrantes de la historia europea reciente.

No es el único genocidio que pretende ser borrado e ignorado: los perpetradores de estos crímenes masivos siempre han contado con la ayuda de cómplices, simpatizantes ideológicos e intelectuales que colaboran en la empresa de la negación, manipulando cifras y datos, relativizando hechos y elaborando justificaciones para culpabilizar a las víctimas. Otros genocidios como el de los armenios a principios del siglo XX a manos de los turcos, el de los kulak y los ucranianos (el Holodomor) en la era de Stalin, las decenas de millones de chinos que murieron en el «Gran Salto Adelante» con Mao Zedong, los muertos en los campos de Camboya, en la ex Yugoslavia o bajo machetes en Ruanda, son algunos ejemplos de cómo se intentaron acallar estas matanzas en la misma centuria, antes y después de la Shoá.

Un recurso frecuente de los negacionistas, es cuestionar que los seis millones de judíos murieron en las cámaras de gas en los campos de exterminio. Esta argucia, engañosa y malintencionada, apela al desconocimiento general sobre cómo se llevó adelante el genocidio, ya que en ningún momento se ha afirmado que todos los judíos fueron asesinados de ese modo. Esos millones de muertos comprenden a los fusilados por los *Einsatzgruppen* que ejecutaban sistemáticamente a los judíos que encontraban en la Unión Soviética, los fallecidos en las condiciones infrahumanas en las que estaban hacinados en los ghettos –se los utilizó como mano de obra esclava–, los que murieron en los trenes de carga, y los que fueron exterminados en las cámaras de gas o bien por inanición y enfermedades en los campos de exterminio. Los negacionistas, asimismo, se toman de los diferentes números de muertos, desaparecidos y desplazados que manejan los historiadores, para cuestionar la Shoá. Pero si realmente la Shoá fuese el resultado de un complot internacional para engañar a la opinión pública, no habría discrepancias en los números.

Los historiadores profesionales, académicos, debaten en torno a dos grandes posturas en torno sobre la Shoá: los «intencionalistas» que sostienen que la idea de exterminio de los judíos ya la tenía Hitler desde 1919; y los «estructuralistas», que arguyen que los nazis fueron tomando diferentes medidas antijudías ad hoc. Pero la naturaleza criminal del nazismo no es discutida ante las evidencias recogidas durante decenios. Adolf Hitler, a diferencia de Stalin o Mussolini, no tenía interés por la administración cotidiana del país, por lo que la gran mayoría de sus órdenes era verbal en circunstancias informales. La política genocida se escondió tras eufemismos en el transcurso de la guerra mundial.

LA NEGACIÓN DE LA SHOÁ DE LOS NEONAZIS

El ciudadano estadounidense de orígenes germanos que comenzó la relativización de los crímenes cometidos por los nazis y luego formuló los principales puntos del negacionismo de la Shoá, fue Austin App. Antes y durante la guerra mundial, App fue un defensor de la Alemania nazi, favorecido por el hecho de que siendo Estados Unidos una democracia liberal, pudo expresar sus opiniones favorables al régimen de Adolf Hitler sin censura. Puso esmero en presentar a Alemania como una víctima de «talmudistas y bolcheviques», repitiendo el viejo prejuicio de que los gobiernos de Estados Unidos y la URSS eran títeres manipulados en las sombras por el judaísmo. Al terminar la conflagración planetaria, App buscó relativizar las atrocidades cometidas por el Eje, en tanto que manipuló los datos de los refugiados judíos que se ampararon en las áreas bajo administración estadounidense en Alemania y Austria. En cartas publicadas en revistas influyentes, sostuvo que los judíos que murieron en la guerra fueron espías y partisanos, a los que sumaba aquellos que fallecieron por «causas

naturales» o a manos de los soviéticos. Dos decenios más tarde, Austin App publicó el libro «El engaño de los seis millones», en que el plasmó ocho afirmaciones en las que planteó la negación del genocidio, que fueron adoptados por el llamado «Instituto de Revisionismo Histórico». Allí aseveró que los muertos eran conspiradores y espías, que no hubo cámaras de gas en los campos de concentración, que si hubo masacres fue en los territorios bajo soberanía soviética y que se trata de un complot urdido por «talmudistas y bolcheviques» con el apoyo de los medios de comunicación –bajo control judío– para extraer dinero de Alemania a través de indemnizaciones. Recicló, entonces, viejos prejuicios antijudíos como la supuesta propensión al engaño y la seducción por el dinero, con lo que su narrativa resultaba familiar a los oídos de quienes quisieran creer en sus afirmaciones. Arthur Butz, en cambio, le proporcionó una atmósfera de mayor sofisticación al negacionismo, con un estilo de apariencia académica, aunque sus textos fueron promocionados por agrupaciones neonazis y racistas como el Ku Klux Klan. Pero, por debajo de esta superficie, Butz culpó al «sionismo internacional» de haber elaborado el «mito del Holocausto». Sostuvo que los informes hallados de los *Einsatzgruppen* en la URSS –las tropas dedicadas a fusilar sistemáticamente a la población judía que encontraban en el territorio soviético que comenzaron a conquistar a mediados de 1941– fueron falsificados por los países vencedores de la guerra, en un tiempo record de pocos meses.

Los argumentos de App y Butz fueron tomados por el Instituto del Revisionismo Histórico, creado en Estados Unidos en 1978, que comenzó a publicar el *Journal of Historical Review*. La estrategia de esta entidad fue la de aparentar respetabilidad académica y científica, ya que aseveran que no buscan rehabilitar

un régimen político –el nacionalsocialismo–, sino «rehabilitar la verdad». A la teoría conspirativa del judaísmo que manipula los medios, las finanzas y los gobiernos, le agregaron a los historiadores. Demostrar la «mentira del Holocausto» significaba para este instituto salvar a las familias estadounidenses que, a través de sus impuestos, mantienen al Estado de Israel, al que consideran «ilegal» y «bastardo». En la *Journal of Historical Review* ha publicado Robert Faurisson, un profesor de literatura de la Universidad de Lyon, un activo negador de la existencia de las cámaras de gas y que colaboró con Zündel e Irving ante los tribunales.

Uno de los fundadores del Instituto fue Willis Carto, antisemita y partidario de la supremacía aria, activo seguidor del neonazi Francis Yockey. A pesar de que este instituto buscó tener una apariencia respetable, se pudo demostrar que estaba estrechamente conectada con varias publicaciones y editoriales racistas, con las que compartía oficinas y empleados.

En este extraño mundo se encontraba Ernst Zündel, alemán residente en Canadá, que no sólo propagó y publicó libros que negaban la Shoá, sino también aseveró que los ovnis son naves creadas y tripuladas por los nazis, con bases bajo la superficie de la Antártida. Este personaje cobró notoriedad cuando fue procesado por el gobierno canadiense en 1984 y 1988 por difundir textos racistas y negacionistas. En el primer juicio, tuvo el apoyo de Robert Faurisson; en el segundo, se sumaron David Irving y el técnico en ejecuciones con silla eléctrica, el «ingeniero» Fred Leuchter. A propuesta de Faurisson, Leuchter viajó a Polonia para inspeccionar y reunir pruebas en los campos de Auschwitz-Birkenau y Majdanek, a fin de demostrar que no habían existido las cámaras de gas. No sólo Leuchter tomó pruebas sin permiso, sino que además durante su testimonio ante el tribunal quedó

en evidencia que no era ingeniero, no tenía los conocimientos científicos mínimos sobre química y toxicología para hacer obtener conclusiones válidas, ni tampoco fue adecuada su metodología para recoger los restos de las paredes. El testimonio de Leuchter se fue deshilachando con su ignorancia sobre el uso del gas Zyklon B, su efecto en los humanos y ratas, y sobre las condiciones que estaban históricamente documentadas sobre las cámaras.

NEGANDO LA SHOÁ DESDE LA IZQUIERDA

Fue Paul Rassinier, un antiguo miembro de la resistencia, quien dio comienzo al negacionismo de izquierda, mezclando su crítica al capitalismo, el colonialismo y el sionismo con la negación de la existencia de las cámaras de gas en los campos de exterminio.

Entre los más notorios negacionistas de la Shoá debemos mencionar a Robert Faurisson, un ex profesor de literatura de la Universidad de Lyon que ha recibido el apoyo del lingüista Noam Chomsky, quien prologó uno de sus libros. Faurisson ganó el respaldo del grupo de izquierda radical francés reunido en torno a la editorial La Vieille Taupe, de Pierre Guillaume, y de otro negacionista de orígenes anarquistas y marxistas, Serge Thion. Para Thion, los sionistas inventaron la historia del genocidio para poder justificar la creación del Estado de Israel, al que caracteriza como racista y expansionista, asimilándolo al nazismo. En su vocación por dinamitar al Estado de Israel, estas corrientes de izquierda radical –anarquistas y marxistas-leninistas, sobre todo en las versiones trotskistas y maoístas– se aproximaron o fusionaron con el negacionismo del neonazismo, aunque sin tomar el discurso de la supremacía aria. De este modo, se caracterizan como «anti-sionistas», pero no como «antijudíos».

Los traspasos desde la izquierda revolucionaria al neonazismo han sido frecuentes en Europa. Horst Mahler, uno de los fundadores de la entidad terrorista Baader Meinhof o Fracción del Ejército Rojo (*Rote Armee Fraktion*) en los años setenta, que cometió atentados en la República Federal Alemana, a partir de los años noventa se transformó en uno de los líderes del neonazismo xenófobo en la Alemania reunificada. Ulrike Meinhof, otra de las líderes de esta fracción terrorista, justificó la persecución a los judíos durante el período de entreguerras en términos de lucha de clases, catalogando a toda la comunidad judía alemana de capitalista y, por consiguiente, merecedores del exterminio.

Este negacionismo de izquierda se manifiesta también en el campo de la cultura: el comediante Dieudonné M'bala M'bala, que originalmente se había involucrado en causas y campañas electorales contra el racismo, y luego se aproximó al negacionista Robert Faurisson y al Frente Nacional del xenófobo Jean-Marie Le Pen.

DAVID IRVING, DESENMASCARADO

En 1993, la editorial Penguin Books publicó el libro *Denying the Holocaust*, de la historiadora estadounidense Deborah Lipstadt, un texto en el que analizó desde una perspectiva académica a los autores que negaban la Shoá. Entre los mencionados se encontraba David Irving, un autor sin formación académica que escribió una treintena de libros sobre la segunda guerra mundial. Irving solicitó a Penguin Books que ese libro se retirara de circulación, petición que la editorial rechazó. En septiembre de 1996, David Irving presentó una demanda ante los tribunales londinenses por «difamación». Irving sabía que Deborah Lipstadt no era partidaria de llevar a los negacionistas ante los tribunales,

porque así lo escribió claramente en las conclusiones del libro mencionado, para no convertirlos en «mártires». No obstante, en este caso Lipstadt debía defenderse y recurrió, entonces, al conocido abogado Anthony Julius, quien definió la estrategia: a) un grupo de expertos debía demostrar que los nazis desplegaron una política deliberada y sistemática de aniquilamiento de los judíos –planificada y en consecuencia conocida por Adolf Hitler–, y que una de las formas utilizadas fueron las cámaras de gas en campos de exterminio; b) demostrar que Irving estaba vinculado con grupos neonazis y c) que David Irving tergiversaba la documentación que presentaba en sus libros, que ocultaba lo que ponía en evidencia el protagonismo de Hitler en las decisiones de la política de exterminio y que deliberadamente falsificaba la historia para diluir toda responsabilidad del nazismo en la Shoá.

Irving fue muy ingenioso –y engañoso– en forjarse una imagen de «víctima» de una persecución, y en muchos periodistas y gran parte de la opinión pública pensaron que era él quien se defendía ante el acoso del complot judío. En los años noventa, Irving comenzó su «Campaña internacional por la historia verdadera», habiendo visitado Buenos Aires en octubre de 1991, cuando dio una conferencia en la confitería El Molino. Allí, afirmó que el Holocausto «del que se habla ahora en los diarios y la televisión, y en las películas de Hollywood, es una invención de la propaganda inglesa mundial. Que no había cámaras de gas en Auschwitz, ni en Dachau, ni en Buchenwald, ni en Bergenfeld, ni en ningún campo de concentración». Se jactaba –tal como puede verse en el video citado– de no leer los libros de otros autores, y en que sólo se basaba en la documentación. Este hecho pone en evidencia su carácter de aficionado, ya que lo primero que debe hacer un historiador es conocer el estado de la cuestión, leyendo las obras y

artículos de los colegas, porque no es humanamente posible leer todas las fuentes primarias existentes, y se evitan situaciones irrisorias en las que se pretende descubrir la rueda. Un historiador, a lo largo de su trabajo, utiliza fuentes primarias y secundarias, y las cita metódicamente para que los colegas también puedan revisarlas. Richard Evans hizo la tarea de revisar los documentos citados en la bibliografía de David Irving, y fue hallando las distorsiones y omisiones que hizo el autor para que siempre Hitler quedara como inocente, bienintencionado o no informado de los crímenes que se habían cometido. Así, por ejemplo, Irving alteró en la traducción de los relatos sobre las órdenes que impartió Hitler durante el *putsch* de Munich de 1923 y la noche de los cristales (*Kristallnacht*) en 1938, a fin de suavizar la imagen del líder nazi. Irving recurrió en forma acrítica a los informes y testimonios de miembros del partido nacionalsocialista, sin cuestionarlos ni contrastarlos con otras fuentes disponibles. ¿Qué podía hallar, sino justificaciones, ocultamiento y evasión de toda responsabilidad sobre la persecución y política de exterminio?

Para dar una visión positiva de Hitler, Irving recurría a los testimonios de quienes fueron sus más estrechos colaboradores, ya como jefes del partido o bien sus empleados más próximos en la vida cotidiana, que brindaron una imagen *naïve*.

En sus libros, Irving afirmaba que Hitler era un patriota que quería reunificar a los alemanes y expandir al país hacia el Este, buscando un «espacio vital», lo que en el tono del autor daba la idea de que esa geografía estaba vacía y disponible para la expansión germana. Irving deliberadamente callaba que la invasión del Este europeo en nombre del «espacio vital» significó la deportación de cientos de miles de polacos, la germanización compulsiva de los checos en el llamado «Protectorado de Bohemia

y Moravia» y la eliminación física de millones de personas en la entonces Unión Soviética para reinstalar allí inmigrantes de origen alemán. Pero como este autor negacionista se propuso observar el desarrollo de la segunda guerra mundial desde los ojos de Adolf Hitler, omitió los crímenes cometidos y desvió responsabilidades en los subordinados.

En la investigación sistemática de los libros, artículos, conferencias y reportajes de David Irving, se fueron encontrando sus argucias para favorecer a Adolf Hitler en todo momento, ya sea antes de la guerra mundial, como en el transcurso de esta.

Evans demostró cómo Irving modificó, en sus libros, las memorias de Goebbels o el testimonio del almirante Horthy para dejar bien parado a Hitler, incurriendo en alteraciones, agregados o comentarios extemporáneos. En las traducciones, Irving eliminaba los párrafos que no convenían a su postura, intercalaba partes de distintos documentos o incluso inventó frases. Esto pudo demostrarse durante el juicio gracias al trabajo del equipo de historiadores liderado por Richard Evans, que contrastó los documentos alemanes con los libros de Irving. El arquitecto holandés Robert van Pelt demostró cómo los campos de exterminio se habían diseñado y construido para los crímenes en masa. También quedó demostrada la vinculación de Irving con grupos de ultraderecha.

En su extenso sumario de más de trescientas páginas, el juez Charles Gray señaló que Irving falsificó y distorsionó la documentación histórica, y que era «incontrovertible» que se trataba de un autor que negaba la Shoá. La sentencia fue favorable a los demandados: Deborah Lipstadt y Penguin Books. Irving, pues, quedó desenmascarado por sus posiciones antisemitas y favorables al nazismo, quedando por completo desacreditado como autor

popular sobre la segunda guerra mundial, y en la quiebra económica por no poder afrontar el pago de los costos de la defensa.

CONCLUSIONES

Los autores que niegan la Shoá con el fin de sustentar una posición política –ya sea desde el racismo, ya desde el antisionismo–, hacen malabares argumentativos para encubrir un exterminio planificado. Se burlan de los testimonios de los sobrevivientes, manipulan la documentación disponible y echan un manto de silencio sobre la política de persecución a los judíos en Alemania entre 1933 y 1939, como si el hostigamiento y discriminación a una minoría fuese una política legítima de cualquier Estado.

Si la Shoá hubiese sido inventada por un complot internacional, como aseguran los negacionistas, es demasiada la cantidad de gente involucrada en tamaña conspiración. En tal caso, alguno de los involucrados hubiera hablado y revelado la gigantesca mentira que se estaba fabricando. Los sobrevivientes, las montañas de documentación que están disponibles, la existencia misma de los campos de exterminio, son pruebas elocuentes de la política de exterminio sistemático que implementaron los nazis con el objetivo de borrar de la faz del planeta a los judíos.

BIBLIOGRAFÍA

Richard J. Evans, *Lying about Hitler: History, Holocaust, and the David Irving Trial*. New York, Basic Books, 2001.

Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust*. London, Penguin, 1993.

Robert Wistrich, *From Ambivalence to Betrayal: The Left, the Jews, and Israel*. Lincoln, University of Nebraska Press, 2012.

Ian Kershaw, *La dictadura nazi*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

Conferencia de David Irving en la Confitería El Molino, 19 de octubre de 1991: <http://www.youtube.com/watch?v=vgwQgBhFO0s>

VI

Autores antijudíos argentinos

Haciéndose eco de los autores antijudíos que difundieron sus textos en Europa y Estados Unidos, hallamos escritores argentinos que propagaron las mismas ideas en clave local. Algunos, como el sacerdote Julio Meinvielle, desde un prisma estrictamente religioso pero con consecuencias políticas; otros, como Gustavo Martínez Zuviría (a) Hugo Wast, utilizando su pluma para llegar a un público más vasto y desinformado en el período de entreguerras, y predispuesto a creer en teorías conspirativas en plena crisis económica de los años treinta. Tras la segunda guerra mundial y desde ámbitos marginales a la vida académica y política, prosiguieron estos itinerarios autores como Walter Beveraggi Allende, que creó y popularizó una versión local de la conspiración judía según la cual hay un proyecto para conquistar la Patagonia en el llamado «Plan Andinia». Norberto Ceresole, ya en los años noventa y en pleno desconcierto por el derrumbe del mundo soviético y el fin de la guerra fría, fusionó todas sus peripecias políticas en corrientes autoritarias y escribió sobre la supuesta confrontación planetaria de dos grandes facciones judías, un ajedrez delirante en el que el resto de las piezas se mueven en torno a esta conflagración silenciosa. Podríamos añadir otros como el sacerdote Virgilio Filippo y publicaciones como la revista *Cabildo*, dirigida por Antonio Caponnetto, pero los que

aquí señalamos son lo suficientemente representativos de los climas de época en los que se movieron.

JULIO MEINVIELLE, EL ANTIJUDAÍSMO RELIGIOSO

Julio Meinvielle fue un sacerdote con gran formación en teología y filosofía, además de ser muy activo como escritor y párroco. No se consideraba a sí mismo como antijudío, sino que, por el contrario, entendía que los judíos eran anticristianos. Fue uno de los autores y pensadores del nacionalismo católico, que tanta influencia intelectual tuvo en el período de entreguerras en Argentina.

En *El judío en el misterio de la historia*, desarrolló las grandes líneas de su pensamiento sobre el judaísmo, en el que se apartó claramente de la posición del nacionalsocialismo, sin por ello de dejar de insistir en que los judíos eran pérfidos, taimados y que cumplen una misión satánica, que es la de impedir la evangelización del mundo. Para Meinvielle, la historia es el desarrollo de un plan divino y, por consiguiente, todo converge hacia el retorno definitivo de Jesús. Los judíos que no se convirtieron al cristianismo son, de acuerdo a su visión, la fuerza que quiere impedir la realización de este designio divino y para ello buscan descristianizar al mundo. Este plan satánico cobra vigor con la revolución francesa que emancipa a los judíos. Meinvielle identificó a la francmasonería como un instrumento del plan judío para la descristianización, que impulsa el liberalismo, la democracia, el laicismo, el socialismo y hasta el comunismo para imponer el dominio material de los judíos. Y es que para este autor, no hay diferencia entre estas corrientes de pensamiento, ya que para él sólo cabían dos posibilidades: o lo cristiano, o lo judaico.

En consonancia con las teorías conspirativas desarrolladas por autores europeos desde el siglo XIX, Julio Meinvielle sostuvo que los judíos manipulan a los gobiernos y la opinión pública a través de las finanzas –en particular, el control del oro– y los medios de comunicación:

«Las gentes, el público, se han judaizado; los ricos con el liberalismo, los pobres con el socialismo. Todos piensan, odian, aman y danzan a lo judaico.

Todos se sienten libres, es cierto. Libres para ser manejados como títeres por el astuto poder de los hijos de Israel. Todos libres, pero ninguno piensa sino por el cerebro judaizado de su diario, de su libro, de su revista.

Todos libres, pero ninguno odia ni ama sino a través de la artista o del actor judaizado del cine. Todos libres, pero sus ideas políticas, económicas, religiosas, filosóficas han sido preparadas e impuestas por los judíos».

Pero Meinvielle tomó distancia de la política de persecución del nacionalsocialismo; para él, la solución era evitar el contacto con los judíos y mantenerlos restringidos a la vida del ghetto, tal como ocurría en la Edad Media. Sin embargo, no vacilaba en proponer el uso de la violencia para defender la cristiandad:

«La espada es la única arma eficaz, con eficacia a corto plazo, que puede vencer las acechanzas judías. Porque la espada, lo militar, está dentro de lo heroico del hombre, del vir, del varón. Está conectado por vínculos metafísicos con los valores espirituales del hombre. Es algo esencialmente opuesto a lo carnal. Si los judíos antes de Cristo fueron héroes capaces de esgrimir la espada como los hermanos Macabeos, después de Cristo, cuando se carnalizaron, se hicieron cobardes como todos los cristianos idiotizados por el liberalismo y por las lacras democráticas».

El plan de Dios triunfará, Jesús retornará, vencerá al Anticristo –que será judío– y desaparecerá la distinción entre judíos y gentiles, ya que los primeros se convertirán al cristianismo.

HUGO WAST

Gustavo Martínez Zuviría, que escribió varias novelas con el seudónimo de Hugo Wast, fue un hombre influyente por su pluma y participación política en la primera mitad del siglo XX en Argentina. Inició su carrera política como diputado nacional por el Partido Demócrata Progresista, representando al pueblo de la provincia de Santa Fe, pero luego se apartó de esa formación política para aproximarse ideológicamente a los sectores más nacionalistas en los años veinte y treinta. Fue el director de la Biblioteca Nacional desde 1930 hasta 1955, y ministro de Instrucción Pública de la Nación con el golpe de Estado de 1943. Por su iniciativa, en diciembre de 1943 se reestableció por decreto la educación religiosa en las escuelas del Estado, apartándose de la tradición laica de la Ley 1420.

En el prólogo de sus novelas *El Kahal y Oro*, de 1935, afirma que los judíos tienen un gobierno secreto mundial, el Kahal, que hará de Buenos Aires la nueva Babilonia:

«Buenos Aires, cabeza enorme de una república de población escasa, palanca de dirección omnipotente de este país sin tradiciones, densamente extranjerizado, puede ser la Babilonia incomparable, la capital del futuro reino de Israel.

Ni Nueva York, ni Varsovia, podría disputarle el honor de ser la cuna o la metrópoli del Anticristo».

Aquí se hace eco de los *Protocolos de los Sabios de Sión* –de los que dice, en un pie de página, que «(...) serán falsos... pero se

cumplen maravillosamente»–, texto que sostenía que había un gobierno secreto que destruía el mundo cristiano para implantar, finalmente, un gobernante mundial judío que no era otro que el Anticristo. En las palabras previas a sus novelas, nos adelanta su pensamiento sobre los judíos: no son productivos, tienen un amor desmesurado por el oro, controlan las finanzas mundiales, la cultura y los medios de comunicación, afirmando que querían destruir al cristianismo mediante el liberalismo y el socialismo. En este sentido, Martínez Zuviría no agregó nada a la narrativa antisemita tradicional pero, es preciso señalarlo, no lo hace desde la ideología racial biológica propia del nazismo. Para denigrar a los judíos incurrió en falsificaciones, como la de sostener que el mandato británico en Palestina abrió las puertas a la emigración judía, cuando en rigor hubo fuertes restricciones; o bien en utilizar categorías extemporáneas sobre el pasado del pueblo hebreo, al señalar que no se asimilaban como «ciudadanos» de la «nación» egipcia en tiempos faraónicos, un completo absurdo histórico. Partiendo de la idea de que los judíos forman un estado dentro del Estado argentino –y aquí indirectamente apunta sus dardos contra el Preámbulo de la Constitución argentina por su generosidad y espíritu de apertura–, prepara el terreno para su novela *El Kahal*, protagonizada por Zacarías Blumen, un cambista y banquero judío que tiene aspiraciones de dominar Argentina por medio de sus operaciones financieras. En la ficción sombría de Hugo Wast, es en la sinagoga donde trafican los bienes de quienes no son judíos: «compran» la exclusividad de explotar y empobrecer al resto de la población.

El retrato de Zacarías Blumen es tenebroso: enriquecido en la guerra del Paraguay por traficar entre los distintos bandos, traicionó a su hermano y luego se dedicó al contrabando entre

Buenos Aires y Colonia del Sacramento. En un diálogo con su hijo, afirma: «*En el fondo de nuestra alma hay cuatro sentimientos... (...) una ambición desmesurada; una avidez insaciable; un rencor eterno y un odio inextinguible*». El hijo de Zacarías Blumen, llamado como su padre y convertido al cristianismo para poder ingresar a la aristocracia porteña por medio de un matrimonio, se ajusta al estereotipo físico que los antisemitas suelen trazar de modo grotesco:

«—¿Quién no conoce al gran banquero?...

Iba a decir argentino, mas se contuvo. Perfil de tucán, cuello corto, espaldas cargadas, labios exangües, como la carne kocher, de un cordero sangrado por el rabino; fisonomía marcada por el Talmud indeleble; traje pulcro y de buena tijera, pero demasiado nuevo.

La tremenda pepsina de esta tierra, que asimila sin trabajo todas las razas del mundo, no logra transformar en verdaderos criollos ni a los judíos cristianados».

He aquí la mención de otro elemento constante de la narrativa elaborada por el nacionalismo católico: el *argentino* era católico y hablaba castellano; por consiguiente, quien practicara otro culto –fuese o no cristiano–, o fuera agnóstico o ateo, quedaba por fuera de la nacionalidad.

En la novela de Wast, Zacarías Blumen hijo es uno de los que provoca la crisis económica argentina de los años treinta, al igual que el Kahal, preparando el terreno para el triunfo del Anticristo. ¿Cómo lo hacen? A través del oro, siempre el oro: hasta han logrado difundir la «doctrina falsa» del patrón oro para manipular las finanzas internacionales. En la trama simplona de buenos y malos, de ángeles inocentes y demonios al servicio del Anticristo,

Hugo Wast traduce al escenario argentino la conspiración inventada de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, a los que menciona varias veces en el texto.

La continuidad de este libro será *Juana Tabor - 666*, una ficción ubicada en 1995 en Argentina, gobernada por la presidente Hilda Kohen de Silberman –nieta de Zacarías Blumen–, en el apogeo del «sindiosismo» y de la dominación económica de los judíos, que controlaban desde las grandes empresas hasta el más pequeño kiosco. En esta novela, Hugo Wast da rienda suelta a sus fantasías más atroces, narrando un gigantesco pogrom contra la población judía tras un suicidio colectivo de cinco mil costureras, esclavas del capitalismo. Este libro fue publicado en 1942, en pleno auge de la segunda conflagración mundial, cuando ya la Unión Soviética y los Estados Unidos declararon la guerra a las potencias del Eje.

En los últimos años, este texto es considerado por sectores nacionalistas como «profético», ya que asemejan al personaje de Hilda Kohen de Silberman con la presidente Cristina Fernández de Kirchner.

EL PLAN ANDINIA

En los años setenta, Walter Beveraggi Allende publicó su opúsculo *El Plan Andinia*, breve texto que encendió las pasiones antisemitas y antisionistas, porque articuló la idea del complot judío mundial con el temor de que la Patagonia –argentina y chilena– se separaran para formar un nuevo Israel en América del Sur. La vasta conspiración que planteó el profesor Beveraggi Allende no sólo comprendía a las naciones occidentales y comunistas, sino también a la masonería y –elemento novedoso– la Iglesia

Católica Romana. El elemento que para él abonaba su sospecha, eran los viajes que anualmente hacen por la región meridional los jóvenes israelíes cuando terminan el largo servicio militar; para Beveraggi Allende, no eran más que periplos exploratorios de una fuerza invasora para establecer un nuevo Estado sionista, que además tendría proyección hacia el continente antártico. Poco y nada le importaba al autor del libelo que estos jóvenes realizan este viaje por todo el mundo –muchos de ellos visitan la India, por ejemplo–, y no por ello son sospechados de realizar espionaje en Europa, Asia y América del Norte.

Escribió Beveraggi Allende que:

«Un Chile y una Argentina nacionalistas deberán trabajar unidos para poder salvarse de la esclavitud del marxismo judío que se implantaría en la parte norte de sus territorios endeudados sin posible salida. Y con un Imperio Sionista en el sur patagónico, con un «Rey del Mundo», un Mesías de Judá, gobernando sobre todo el mundo esclavizado y atemorizado».

En los años ochenta, Beveraggi Allende hizo una actualización del texto, incorporando al entonces presidente Raúl Alfonsín, a la mediación papal por el diferendo del canal de Beagle y el proyecto de traslado de la capital a la ciudad de Viedma como instrumentos del sionismo internacional.

El autor narra un discurso del rabino Gordon en Buenos Aires, de 1969, sin presentar ninguna prueba documental de su veracidad. En esa alocución, el rabino expone con singular crudeza cómo será el proceso de destrucción de Argentina para generar el caos y la posterior ocupación sionista del sur patagónico. En estilo y contenido, es una adaptación local de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, por lo que para los lectores de este tipo de libelos,

la argumentación es familiar. Beveraggi Allende sostiene que este desembarco sionista comenzó con la colonización agrícola de los primeros inmigrantes judíos de 1889, ayudados por la Jewish Colonization Association. Para el triunfo de este plan de creación de un nuevo Estado sionista en la Patagonia, convergían la masonería, el comunismo y los países occidentales, todos dominados por el Kahal, gobierno judío mundial en las sombras.

NORBERTO CERESOLE, UN ANTIJUDAÍSMO DE LA POSGUERRA FRÍA

Tras militar en las más diversas corrientes del autoritarismo político, Norberto Ceresole «descubre» en los años noventa la «cuestión judía», según afirma en *La falsificación de la realidad*:

«De una manera muy concreta yo, en aquel momento, no tenía conciencia en absoluto de la existencia de la ‘cuestión judía’, no sabía, por así decirlo, que los judíos en el mundo constituían un parámetro esencial para la comprensión de la realidad del mundo. Con esto quiero decir que había cumplido cincuenta años de una vida política que consideraba plena de acontecimientos y de vivencias, desconociendo completamente el acontecimiento y el problema central del mundo occidental».

Enrolado en las filas del «revisiónismo» –negacionismo– de la Shoá, Ceresole se aproximó en sus últimos años al nacionalismo argentino, el carapintadismo y el chavismo.

Ceresole retoma algunos elementos del discurso antijudío tradicional: el primero, que se trata de un problema de carácter teológico; el segundo, que no son verdaderos argentinos, sino un pueblo enquistado, con sus propios objetivos. «*La comunidad judía residente en la Argentina es un cuerpo extraño, con lealtades esencialmente diferentes a la de las ‘gentes de la tierra’. Es un*

factor agresivo para todo lo que es argentino.», aseveró en el libro mencionado.

A partir de estas afirmaciones, comienza a desarrollar toda una teoría conspirativa en torno a los atentados a la embajada de Israel (1992) y a la AMIA (1994), sosteniendo que fueron implotiones causadas por las propias víctimas por un conflicto interno dentro del judaísmo; sin embargo, este enfrentamiento es encubierto, secreto. Y la culpabilidad se arroja sobre el mundo islámico, con ayuda de los organismos de inteligencia de los Estados Unidos. ¿Por qué este interés en Argentina? Porque –y en esto sigue lo que antes se ha visto en textos como *Juana Tabor* y el *Plan Andinia*–, las latitudes sudamericanas pueden ser el sitio alternativo para un nuevo Israel.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Los autores antijudíos argentinos se nutrieron de la prédica antisemita vigente en otros países, tomando los estereotipos y argumentos que se esgrimían en otras latitudes. Pero a diferencia de lo que ocurrió en la Alemania nazi, no hallamos el componente biológico, ya que siendo Argentina un país en el que felizmente se han mezclado y se siguen formando familias con los más diversos orígenes, la concepción de la «pureza racial» tiene muy escasos adeptos. Lo predominante fue la visión religiosa y teológica que impregnó al nacionalismo argentino, imbuidos de un espíritu de cruzados contra las ideas del liberalismo, del pluralismo religioso y de la legislación laica en cuestiones de educación y matrimonio, heredada de las presidencias conservadoras del siglo XIX. Durante los años de la segunda guerra mundial, la simpatía de los autores antijudíos se volcó hacia la Italia fascista y la Francia del régimen de Vichy, que colaboró ignominiosamente con los

invasores alemanes, y la España integrista de Francisco Franco. Estas naciones eran vistas como «países espirituales» frente al materialismo soviético-estadounidense, tras el cual se ocultaba la conspiración planetaria de los judíos. Esta idea no se desvaneció completamente tras la derrota del Eje, sino que se fue transformando, siempre buscando la culpabilización colectiva de los judíos de cuanto mal ocurriera en Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS:

Julio Meinvielle, *El judío en el misterio de la historia*. Buenos Aires, Teoría, 1975.

Hugo Wast, *El Kahal. Oro*. Buenos Aires, Editores de Hugo Wast, 1938.

Hugo Wast, *Juana Tabor. 666*. Buenos Aires, 1942.

Walter Beveraggi Allende, *El Plan Andinia*.

Norberto Ceresole, *La falsificación de la realidad*. Ediciones Tercera Posición, 1998.

FUENTES SECUNDARIAS:

Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

David Rock, *La Argentina autoritaria*. Buenos Aires, Ariel, 1993.

Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la Nación católica*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

VII

La creación del estado de israel

Israel, en la antigüedad, no tuvo mucho tiempo de vida como reino independiente. Fue sojuzgado por asirios, egipcios, griegos, romanos, bizantinos, árabes y turcos. Los griegos otorgaron a la región el nombre de Palestina, denominación geográfica –no étnica– que ha servido para identificarla hasta nuestros días y que, en el Imperio Otomano, incluía a ambos márgenes del río Jordán. Con la destrucción del segundo templo de Jerusalem por parte de los romanos en el año 70 de nuestra era, tuvo inicio la dispersión de los judíos por el mundo mediterráneo y más allá, hacia el Oriente. Estuvo bajo la órbita del Imperio Romano de Oriente –Bizantino–, hasta la conquista árabe de Jerusalem a mediados del siglo VII, tomando el control de la ciudad santa para el judaísmo y el cristianismo. Por razones históricas, religiosas y culturales, no obstante, permaneció el deseo vivo de retornar a esa tierra, en especial a Jerusalem, con la aspiración mesiánica, que es de un carácter enteramente diferente al mesianismo cristiano e islámico.

Cabe señalar que cuando se hace referencia a los árabes de Cercano Oriente, a saber, de los actuales países como Siria, Irak, Líbano, Jordania y Egipto, así como los árabes palestinos, se trata de pueblos que fueron arabizados a partir del siglo VII. Por las invasiones de la expansión musulmana, los pueblos semitas del

Cercano Oriente, así como África septentrional, incorporaron la lengua y escritura árabe, así como muchas de sus costumbres. Antes de la expansión islámica, eran mayormente pueblos cristianos dentro del Imperio de Bizancio. El concepto del nacionalismo árabe que surge en los siglos XIX y XX, ergo, no es de carácter étnico o religioso –hay árabes musulmanes y de distintas denominaciones cristianas–, sino en base a la lengua y una cultura común.

EL DERRUMBE DEL IMPERIO OTOMANO

Cuando se desató la primera guerra mundial, el territorio de Palestina se hallaba bajo el dominio del Imperio Otomano. Hasta antes de la conflagración planetaria de 1914, la organización sionista había intentado, mediante gestiones diplomáticas, generar una corriente de simpatía entre los gobiernos europeos para volver a fundar allí un estado nacional judío ante la ola de pogroms en el Imperio Ruso; e incluso Theodor Herzl buscó convencer al sultán otomano. Los judíos eran la primera minoría de los habitantes de Jerusalem, con aproximadamente el 40%, y ya se habían creado varias colonias agrícolas; mas no todos ellos tenían ciudadanía otomana, tal como ocurría con varias de las minorías cristianas. Las minorías religiosas cristianas y judías preferían mantener sus pasaportes europeos, ya que de ese modo obtenían la protección de los gobiernos del Viejo Continente. Pero en los censos del Imperio Otomano sólo registraban a los ciudadanos, no al resto de los habitantes, por lo que en esos registros se sobrerrepresentaba a la población musulmana.

El Imperio Otomano se alió a las potencias centrales europeas, Alemania y Austria-Hungría, durante la Gran Guerra, de modo que el Reino Unido, Francia y el Imperio Ruso –y luego Italia– se interesaron por el reparto posterior de los restos del coloso turco.

Las negociaciones secretas en torno a esta cuestión arribaron al pacto Sykes-Picot, en 1916, que buscaba congeniar las ambiciones territoriales de varios actores. Este acuerdo fue rubricado por un negociador británico, Sir Mark Sykes, y otro galo, François Georges-Picot. Pero más allá de estos deseos volcados al mapa, lo cierto es que poco se aplicó de ese acuerdo, y los británicos volcaron a ese frente de guerra casi un millón y medio de soldados y 750 millones de libras esterlinas. La diplomacia del Foreign Office buscaba sumar la simpatía de la dispersa comunidad judía en el mundo –sobre todo la de Estados Unidos–, pero la alianza militar con Rusia no ayudaba a ese propósito. Es por ello que se pensó en la creación de un «hogar nacional judío» en Palestina, un proyecto al que el imperio zarista adhirió para favorecer la emigración de su población. En noviembre de 1917, se dio a conocer la Declaración Balfour, en la cual el secretario del Foreign Office Lord James Balfour, por medio de una carta a Lord Rothschild –figura prominente del sionismo británico– expresaba la postura oficial favorable al «establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». Pero mientras habían deliberado secretamente sobre el acuerdo Sykes-Picot, los británicos tomaron contacto a través del agente T. E. Lawrence con el jerife de La Meca, Husayn ibn Alí, para comenzar la revuelta árabe contra el poder otomano. La perspectiva de la independencia árabe y la creación de un gran reino unificador de ese pueblo, dieron nuevas fuerzas al nacionalismo en la región, que había pugnado por su autonomía en el seno del imperio otomano. En diciembre de 1917, los bolcheviques revelaron el contenido del acuerdo Sykes-Picot que, sumado a la Declaración Balfour, provocó una tormenta política. Husayn tomó el control de Damasco con apoyo del Reino Unido, a pesar de que Siria habría de estar bajo la órbita gala por el acuerdo Sykes-Picot. En las conferencias de paz en París, tras el

final de la guerra, se resolvió que la Liga de las Naciones habría de otorgar a Francia y el Reino Unido, en calidad de «mandatos», la administración de Siria, Líbano, Palestina, Transjordania e Irak. De los mandatos otorgados al Reino Unido, en Irak se instauró la monarquía con Faisal, y en Transjordania con Abdullah, ambos hijos del jerife Husayn que, a su pesar, nunca pudo llegar a ser el rey de Arabia. Esta familia, la de los Hachemitas, en principio no estaba dispuesta a aceptar la creación de un hogar nacional judío en Palestina.

Esta situación, con los «mandatos» de Siria y el Líbano para Francia, y Transjordania (años más tarde, Jordania), Palestina e Irak para Gran Bretaña, se prolongó hasta después de la segunda guerra mundial. Es por ello que el Mandato de Palestina otorgado por la Liga de las Naciones, pasará a ser administrado por la nueva Organización de las Naciones Unidas (ONU) y, en su seno, se buscó resolver su porvenir.

EL MANDATO BRITÁNICO

A pesar de la narrativa antisemita que afirmaba que el Reino Unido era uno de los tantos gobiernos títeres manejados por el sionismo tras las sombras, ese país establecerá cuotas muy rígidas y estrechas para la emigración judía al Mandato de Palestina, haciéndose más dramático con el ascenso del nazismo al poder en 1933. Hubo una corriente migratoria clandestina a través de Egipto, pero nunca llegó a canalizar a los refugiados judíos del centro de Europa. Esta política se mantuvo durante la segunda guerra mundial, porque los británicos temían que la apertura migratoria pudiera generar una fuerte corriente de simpatía árabe hacia los alemanes.

En 1936, por el arribo clandestino de inmigrantes judíos que huían de la persecución antisemita en Europa, el Gran Muftí de Jerusalem Hadj' Amin al-Husaini impulsó una revuelta árabe contra los recién llegados. En esta revuelta, los británicos optaron por la abstención, a fin de no enemistarse con la población árabe en un contexto mundial en el que se preveía el desenlace de una nueva guerra planetaria. Se formó, entonces, la Comisión Peel en 1937, que sugirió una partición del territorio en la que el norte de Palestina y una franja marítima que incluía a Haifa y Tel Aviv estuvieran ocupadas por judíos, en tanto el resto por árabes. Esta propuesta también despertó el rechazo árabe, que no estaba dispuesto a negociar una sola partícula de territorio. Como respuesta a los ataques, la comunidad judía organizó sus propias fuerzas de defensa: la Haganá y el Irgún. En 1938 arribó al Mandato de Palestina la comisión Woodhead, que estudió in situ la partición, proponiendo una angosta franja costera para los judíos, pero sin llegar a aplicarla. Ante la ola judía que intentaba emigrar de Alemania y Austria cuando estos países estuvieron bajo el régimen nacionalsocialista, el Reino Unido puso fuertes restricciones a su arribo al mandato de Palestina, y esas disposiciones estaban contenidas en el Libro Blanco, de mayo de 1939. Dos meses después se realizó la Conferencia de Evian, en Francia, por iniciativa del presidente Roosevelt para debatir posibles destinos para la emigración judía de Europa. A pesar del recrudecimiento de la política antisemita desplegada por Hitler, los países democráticos de Europa, América y del Imperio Británico mantuvieron sus puertas cerradas, con la honrosa excepción de la República Dominicana.

Durante la segunda guerra mundial, el Gran Muftí al-Husaini apoyó abiertamente a la Alemania nazi contra el Reino Unido,

llegando a promover una revuelta pro-nazi en Irak, así como organizó tropas bosnias musulmanas en Yugoslavia para apoyar a los invasores alemanes. Al-Husaini vivió, tras terminar la conflagración mundial, en Egipto, y desde allí influyó poderosamente en el rechazo a la política de partición de Palestina y la creación del Estado de Israel hasta los años setenta, cuando murió.

LA ONU Y LA PARTICIÓN DE PALESTINA

Los judíos que sobrevivieron a la política de exterminio en Europa no querían retornar a sus hogares, tras la muerte de millones en los ghettos, persecuciones, fusilamientos y campos de la muerte. Ante esta crisis humanitaria, el presidente Truman presionó a Gran Bretaña para que abriera las puertas del Mandato de Palestina, a lo que el nuevo gobierno laborista de Clement Attlee se negó rotundamente. En 1946, el Irgún atentó con el hotel King David, asiento de las autoridades británicas en el Mandato, causando 92 muertos.

Finalmente, en febrero de 1947 el gobierno británico anunció su retirada del Mandato de Palestina, por lo que la ONU, a través de su Asamblea General, designó el 13 de mayo una comisión integrada por once países para estudiar la cuestión e informar en septiembre de ese año, la UNSCOP. Había allí un equilibrio de naciones viejas y nuevas, occidentales y socialistas, anglófilas y anglófobas, con o sin experiencia colonial. El presidente de esta comisión era el jurista sueco Emil Sandström. Andrei Gromiko, ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, expresó su apoyo a un Estado binacional y, de no ser posible, a un plan de partición entre árabes y judíos. Los miembros de la comisión hallaron, por un lado, el rechazo directo de los árabes a cualquier tipo de negociación, siguiendo las directivas del Gran Muftí al-Husaini y, por el otro, la

predisposición a conciliar de los sionistas. Los árabes exigían un estado único, en el que se prohibiría nueva inmigración judía y restricciones a la venta de tierras. Su criterio de legitimidad histórica partía de la conquista en el año 637 a manos del califa Umar, como si todo lo anterior careciera de importancia. La comisión elaboró dos reportes: el mayoritario, rubricado por los representantes de Canadá, Checoslovaquia, Uruguay, Guatemala, Países Bajos, Perú y Suecia, recomendaba la creación de dos Estados, integrados por una unión económica; el Reino Unido continuaría la administración por dos años más, asistido por los Estados Unidos y con el auspicio de la ONU. El reporte minoritario, firmado por los representantes de India, Irán y Yugoslavia, proponía formar un Estado federal integrado por provincias árabes y judías, con Jerusalem como capital. Australia no adhirió a ninguno de los informes. Si bien el Reino Unido aceptó el informe, informó a través de su secretario de colonias Arthur Creech Jones que voluntariamente abdicaba de continuar con el mandato sobre la región. La Asamblea General designó una nueva comisión ad hoc de cincuenta y siete miembros, para estudiar las recomendaciones presentadas. La Liga Árabe, reunida en Líbano entre el 16 y 19 de septiembre de 1947, anunció su rechazo a cualquier recomendación de la ONU. La comisión ad hoc, siguiendo las recomendaciones del reporte mayoritario, apoyó la partición en dos estados, con las ciudades de Jerusalem y Belén como zonas internacionales bajo administración de la ONU. Esta comisión ad hoc celebró treinta y cuatro reuniones en las que la Agencia Judía y el Alto Comité Árabe pudieron expresar sus puntos de vista sobre el informe. Este reporte fue aprobado por 25 a favor, 13 en contra y 17 abstenciones.

Fue durante estas deliberaciones que el Exodus, una embarcación que llevaba sobrevivientes judíos desde Europa hacia el Mandato de Palestina, fue interceptado por los británicos y devuelto a Alemania, en donde fueron alojados en los campos de refugiados. Esto fue un golpe muy duro para la imagen del Reino Unido ante la opinión pública mundial, conmovida por la historia de estos refugiados y por lo que se iba conociendo sobre la Shoá.

El plan de partición no fue bien recibido por el Departamento de Estado de Estados Unidos, que quería evitar toda posible confrontación con los países árabes. Por un lado, se temía que las naciones árabes se volvieran hacia la URSS, lo que hubiera significado una catástrofe para Occidente al perder los recursos petroleros de Medio Oriente. No obstante, el presidente Harry Truman instruyó al embajador ante la ONU a aceptar el informe mayoritario de la UNSCOP, el 11 de octubre de 1947. Dos días después, se sumó la aprobación de la Unión Soviética. Luego, la Asamblea General votó la partición de dos estados el 29 de noviembre de 1947, en la resolución 181: en esa instancia, lo aprobaron 33 naciones, con 13 votos en contra y diez abstenciones (el Reino Unido, por ejemplo). Con esta resolución, se creó una comisión que se encargaría de la implementación, compuesta por diplomáticos de Bolivia, Checoslovaquia, Dinamarca, Panamá y Filipinas.

La reacción en los países árabes fue áspera y violenta. El entonces secretario general de la Liga Árabe, el diplomático egipcio Abdul Rahman Hassan Azzam (conocido como Azzam Pasha), expresó al diario Akhbar al-Yom: «*Personalmente, espero que los judíos no nos fueren a esta guerra, porque sería una guerra de exterminio y de masacre decisiva*»¹⁰. En Damasco, una multitud

10 David Barnett y Efraim Karsh, *Azzam's Genocidal Threat*. En <http://www.meforum.org/3082/azzam-genocide-threat>

atacó con piedras la embajada de los Estados Unidos y quemó los vehículos que se hallaban en las calles; en Alepo, casas y once templos judíos fueron incendiados. En Adén, los enfrentamientos ocasionan muertes de judíos y árabes. El rey Faruk, de Egipto, notificó al embajador estadounidense que, junto a otros países árabes, resistirían la partición con la fuerza de las armas. La atmósfera en la región, lejos de calmarse con el correr de los días, fue empeorando. En el mandato británico de Palestina comenzaron las hostilidades entre milicias árabes y judías, ante lo cual el Reino Unido evacuó a las mujeres y niños de su nacionalidad hacia Egipto. El 12 de diciembre de 1947, la Liga Árabe declaró nula y sin efecto la resolución 181.

La comisión formada para la implementación de la partición, informó al Consejo de Seguridad de la ONU de su fracaso el 18 de marzo de 1948 debido a los enfrentamientos, proponiendo la pacificación. Los combates entre milicias judías y árabes se intensifican antes de la retirada británica. En este contexto, funcionarios del Departamento de Estado intentaron cambiar la postura de Truman a través de una presentación que hizo el antiguo senador y entonces embajador Warren Austin ante el Consejo de Seguridad, a fin de desentenderse del proyecto de partición de la región de Palestina, descolocando al presidente en la arena internacional. Hasta el mismo día en que los británicos dejaron el Mandato, los diplomáticos estadounidenses en la ONU intentaron negociar el aplazamiento de la partición del territorio y lograr un fideicomiso, pero fueron sorprendidos por la decisión del presidente Truman de reconocer de facto al gobierno provisional del Estado de Israel once minutos después de que fuera creado. El secretario de Estado George Marshall intentó que el presidente Truman no reconociera al nuevo Estado, ya que seguía los consejos del

Departamento de Estado en su negativa. Uno de los argumentos para cuestionar la decisión de Harry S. Truman es que buscaba el voto judío con vista a los comicios presidenciales de noviembre de 1948. Lo cierto es que, por un lado, el Partido Republicano también tenía una plataforma favorable a la creación del Estado de Israel, y que Truman no reconoció inmediatamente *de iure* al nuevo Estado, ni levantó el embargo de armas a Israel y los países árabes. Dos tercios de la población judía estadounidense vivían en tres estados clave: New York, Pennsylvania e Illinois. El candidato republicano Thomas Dewey, gobernador de New York, ganó en su estado y en Pennsylvania; Harry Truman sólo ganó en Illinois, por lo que el voto judío no incidió en su reelección.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DEL ESTADO DE ISRAEL

El último alto comisario británico, sir Allan Cunningham, se embarcó en la tarde del viernes 14 de mayo de 1948, dando fin al Mandato del Reino Unido sobre el territorio. Ese mismo día y para no violar el shabat, el gobierno provisional de la Agencia Judía proclamó al Estado de Israel, y su primer decisión fue la abrogación del Libro Blanco de 1939 y demás restricciones que impedían la inmigración judía. En esa misma jornada recibió el reconocimiento de Estados Unidos y la Unión Soviética. Fueron cinco los países árabes que pusieron en marcha a sus ejércitos, superando numéricamente y en equipo militar al del Estado de Israel: se trataba de Egipto, Siria, Transjordania (el actual Reino Hachemita de Jordania), Irak y, en menor medida, Líbano. Esta coalición tenía aviones, tanques y artillería, pero los cinco países no coordinaron una estrategia y sus ejércitos no eran disciplinados, exceptuando a la Legión Árabe de Transjordania, entrenada y comandada por antiguos oficiales británicos. El ejército israelí,

formado por las milicias, no tenía aviación ni artillería, y estaba sometido al embargo de armas aplicado por los países occidentales. Éstas llegarán gracias a Checoslovaquia, que ya desde febrero de 1948 formaba parte del bloque socialista, por lo que el nuevo país recibía el apoyo indirecto de la URSS. Ante las hostilidades, la ONU designó al conde Folke Bernadotte, diplomático sueco, para mediar entre las partes, siendo respaldado por el Consejo de Seguridad que votó el 29 de mayo una propuesta de tregua. A fines de junio, el conde Folke Bernadotte presentó su propuesta de la «Gran Palestina», un proyecto de carácter federal que sumaba a Transjordania y que implicaba dos estados autónomos, uno judío y el otro árabe. Si bien el rey Abdallah de Transjordania era favorable al acuerdo, Egipto y Siria retomaron los combates en julio. Ante este rechazo, el diplomático formuló otro plan con dos países separados, que establecía el reconocimiento árabe al Estado de Israel, la compensación a las personas desplazadas, las fronteras controversiales serían establecidas por la ONU y el futuro de Jerusalem sería decidido en un nuevo tratado. El conde Bernadotte fue asesinado el 17 de septiembre por un comando del grupo judío Lehi, luego desarticulado por Israel.

La consecuencia inesperada fue que el Estado de Israel, que en el plan de partición original de 1947 habría de ocupar 14.200 km², llegó a extenderse a los 20.700 km², un tercio más de superficie. Nuevamente, por mediación de la ONU, se rubricó una serie de armisticios en la isla de Rodas, Grecia, entre los beligerantes. Otra consecuencia, dolorosa y sin solución, fueron los refugiados árabes durante la guerra, que se desplazaron fuera del territorio israelí. Si bien hubo episodios de expulsión de aldeas árabes, no fue una política generalizada ni hubo limpieza étnica. Es por ello que el norte del Estado de Israel tiene una importante población

árabe –cristiana y musulmana–, siendo aproximadamente el 20% de la población. Son ciudadanos con representación parlamentaria, votan y forman sus partidos políticos, tienen educación en su lengua, practican libremente sus creencias religiosas, disponen de canales de televisión y diarios. Hoy es creciente el número de árabes cristianos que se está integrando a las fuerzas de defensa de Israel. La ciudad de Nazareth está poblada casi totalmente por árabes, siendo el 69% de la población musulmana y el 30% cristiana. Otras ciudades, como Akko y Haifa, son mixtas de judíos y árabes.

Desde 1948 hasta 1967, hubo dos territorios árabes palestinos que permanecieron fuera del Estado de Israel, a saber: la Franja de Gaza y Cisjordania, que comprende también la parte oriental de la ciudad de Jerusalem. Fueron administrados por dos países: Egipto y Jordania. Esos territorios fueron ocupados a partir de la guerra de los seis días, de 1967, y son el embrión del futuro Estado palestino, hoy bajo la Autoridad Palestina. Lo cierto es que entre 1948 y 1967 no hubo ningún intento de constituir un Estado árabe palestino en Gaza, Cisjordania y Jerusalem Este. No hubo ningún impedimento israelí para que conformaran ese Estado, y tanto Egipto como Jordania administraron esos territorios como si fueran anexos a sus países. La terquedad manifestada por el liderazgo árabe en 1947-1949 de ignorar la existencia del Estado de Israel, así como la negativa a celebrar negociaciones, los terminó perjudicando. Y a pesar de ello, siguieron exigiendo la totalidad del territorio, con la consecuencia de perder frente a la comunidad judía. Los gobiernos israelíes estuvieron dispuestos a discutir el retorno o compensación a los refugiados, con una condición elemental para sentarse a la mesa de las negociaciones: el reconocimiento al Estado de Israel. De los países vecinos,

Egipto reconoció al Estado de Israel gracias a los acuerdos de Camp David de 1978, así como lo hizo Jordania en 1994, tras la guerra del Golfo.

CONCLUSIONES

El nacimiento del Estado de Israel no fue el fruto de una conspiración de gobiernos manipulados tras las sombras por el sionismo: Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética tuvieron sus dudas al respecto, ya que querían evitar enemistarse con los países árabes, proveedores de petróleo. Tanto los occidentales como los soviéticos tenían dudas sobre a qué bloque se integraría Israel en la naciente guerra fría. Muchos diplomáticos del Departamento de Estado suponían que el nuevo Estado sería una parte más del bloque socialista, una presencia peligrosa por su cercanía al canal de Suez. La URSS, que en un principio apoyó la creación del Estado de Israel, luego viró en su posición anhelando aproximarse a los países árabes, y alimentó una narrativa antisionista que al día de hoy sigue siendo determinante en las posiciones de la izquierda radical europea.

Los países árabes, por su lado, no tenían liderazgos a la altura de las circunstancias: frente a los israelíes que tenían partidos políticos, instituciones, sindicatos, organizaciones juveniles y personas con calificación académica y científica, el principal vocero de los árabes palestinos fue el Gran Muftí al-Husaini, un antiguo colaborador de la Alemania nazi. En el juego de «todo o nada» al que apostaron los países árabes, sólo terminaron perdiendo territorio, personas y recursos. La diferencia del Estado de Israel frente a sus vecinos se fue haciendo cada vez más notoria con el correr de los años, constituyéndose como una democracia liberal rodeada por gobiernos autoritarios nacionalistas y belicistas, que

no se preocuparon por el bienestar de sus compatriotas. La auto-crítica del mundo árabe comenzó, tímidamente, con los acuerdos de Camp David y tras la guerra del Golfo, pero aún falta la decisión de otros países árabes en reconocer definitivamente el derecho a la existencia del Estado de Israel, primer paso para la paz en la región, el cierre de las heridas tras tantos años de guerra y la creación del Estado árabe palestino.

BIBLIOGRAFÍA

Charles Zorgbibe, *Historia de las Relaciones Internacionales*. Tomo II. Madrid, Alianza, 1997.

Michael T. Benson, *Harry S. Truman and the Founding of Israel*. Westport, Praeger, 1997.

Joan B. Culla, *Breve historia del sionismo*. Madrid, Alianza, 2009.

Arnold Blumberg, *The History of Israel*. Westport, Greenwood Press, 2010.

Matthew Jacobs, *Imagining the Middle East: The Building of an American Foreign Policy, 1918-1967*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.

Bruce Westrate, *The Arab Bureau: British Policy in the Middle East, 1916-1920*. University Park, Pennsylvania State University Press, 1992.

Chaim Gans, *A Just Zionism: On the Morality of the Jewish State*. New York, Oxford University Press, 2008.

Acerca del autor

Ricardo López Göttig nació en Buenos Aires, Argentina, en 1966. Es Profesor y Doctor en Historia, egresado de la Universidad de Belgrano y de la Universidad Karlova de Praga, respectivamente. Es profesor titular de Historia Contemporánea en las carreras de Relaciones Internacionales, Ciencia Política y Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Belgrano. Fue profesor visitante en la Universidad Torcuato Di Tella, Università Degli Studi di Pavia y la Universidad ORT Uruguay. Fue miembro del Consejo Académico de CADAL. Desde diciembre de 2015 es el Director de Museos y Preservación Patrimonial de la Provincia de Buenos Aires.

EL ANTISEMITISMO NO ES SOLO UN PROBLEMA DE LOS JUDÍOS, lo es de la sociedad en su conjunto. En el formato de ayer –transparente y brutal– o en la versión de hoy –más sutil– es siempre una patología social, un muestreo estadístico del abuso. Violenta a algunos, muy visibles, pero en realidad victimiza a todos. Es una ventana que muestra las dificultades de toda sociedad en definir y hacer cumplir derechos. Es que cuando se violan los derechos de una minoría, casi siempre terminan violándose los de muchos otros.

Este libro interroga estos temas en perspectiva histórica, desde los orígenes del antisemitismo hasta las formulaciones actuales, generalmente envueltas en el lenguaje del «antisionismo». El autor nos lleva de la mano a través de estos temas con erudición y creatividad. Un verdadero *tour de force* sobre el tema.

HÉCTOR SCHAMIS

GEORGETOWN UNIVERSITY

UNA CONVIVENCIA BASADA EN LA PAZ, LA CONCORDIA, EL RESPETO A LAS MINORÍAS y a las garantías más absolutas para el ejercicio de la libertad religiosa, es la convivencia que deseamos tener en pleno Siglo XXI. Sin embargo, aún persisten manifestaciones de intolerancia y de barbarie, que desprecian con brutalidad el valor supremo de la vida. En la defensa del respeto a los derechos humanos, es mucho lo que juntos podemos hacer para desalentar conductas intolerantes, nacidas bajo las alas de fanatismos y extremismos de distinta naturaleza.

Ejercitar la memoria de manera permanente, promover iniciativas en el campo de la educación, transmitir las experiencias a las nuevas generaciones, compartir y difundir testimonios de quienes fueron víctimas de la intolerancia, son tareas que ayudan a prevenir y frenar el antisemitismo, el racismo, la xenofobia y todo discurso que fomente el odio. Esta misión debe encontrarnos a todos decididos, comprometidos y hermanados.

DANIEL POMERANTZ

DIRECTOR EJECUTIVO DE LA AMIA

